

HISTORIOGRAFÍA DE LA LITERATURA MEXICANA

DESDE LOS ORÍGENES HASTA FRANCISCO PIMENTEL

LOS ORÍGENES

Durante el período colonial, cronistas e historiadores como Cortés, Sahagún, Durán, Motolinía, Mendieta, Alva Ixtlilxóchitl, Acosta, Sigüenza y Góngora y Clavigero consignaron en sus obras informaciones sobre la actividad literaria prehispánica o colonial¹; pero sólo en los últimos años de la dominación española comenzaron a aparecer, en las *Gacetas de Literatura*, de Alzate, y en *El Diario de México*, algunos juicios críticos², y se emprendieron investigaciones de historiografía de la cultura, importantes para la exclusivamente literaria. Acaso pueda achacarse al destierro de los jesuitas la pérdida de los manuscritos del padre Agustín

¹ Entre las obras de la época colonial en que se encuentran datos para nuestra historia literaria pueden mencionarse las siguientes (cito en cada caso las ediciones más accesibles y autorizadas): HERNÁN CORTÉS, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*, Julio Le Riverend, ed., Editorial Nueva España, México, 1943, *Cartas de relación de la conquista de América*, vol. I. FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Wiggberto Jiménez Moreno, ed., Robredo, México, 1938; Miguel Acosta Saignes, ed., Editorial Nueva España, México, 1946; FRAY DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, José Fernando Ramírez, ed., Imprenta de J. M. Andrade y Escalante, México, 1867, 1880; FRAY TORIBIO DE BENAVENTE "MOTOLINÍA", *Historia de los indios de Nueva España*, Daniel Sánchez García, ed., Barcelona, 1914; FRAY JERÓNIMO DE MENDIETA, *Historia eclesiástica indiana*, Joaquín García Icazbalceta, ed., México, 1870; FERNANDO DE ALVA IXTLILXÓCHITL, *Obras históricas [Relaciones.—Historia chichimeca]*, Alfredo Chavero, ed., Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, México, 1891-1892; P. JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, Edmundo O'Gorman, ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1940. CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA, *Triunfo parthénico*, José Rojas Garciadueñas, ed., Ediciones Xóchitl, México, 1945. FRANCISCO JAVIER CLAVIGERO, *Historia antigua de México*, Mariano Cuevas, ed., Editorial Porrúa, México, 1945, Colección de Escritores Mexicanos, vols. 7-10.

² El P. JOSÉ ANTONIO ALZATE publicó, además de otros periódicos de corta vida, el *Diario Literario* (México, marzo-mayo de 1768) y la *Gazeta de Literatura de México* (México, 15 de enero de 1788-22 de octubre de 1795). De la *Gazeta* hay reimpresión (Puebla, 1831). La mayor parte del material de ambos periódicos era de índole científica, filosófica e histórica; pero en el *Diario Literario* hay una "Carta al señor Diarista" importante para la historia del teatro, y en la *Gazeta* hay algunos juicios críticos sobre la producción literaria de la época. *El Diario de México* (México, 1º de octubre de 1805-4 de enero de 1817), que es de hecho un periódico literario, es un reflejo exacto de la vida intelectual de México, y por ello una fuente de información muy rica para la historia literaria de principios del siglo XIX.

Pablo Pérez de Castro quien, según su biógrafo Juan Luis Maneiro³, había dejado en los comienzos una historia de la literatura mexicana o hispanoamericana. Ésta y las demás obras del veracruzano Pérez de Castro quedaron inéditas en Italia y se consideran hasta ahora perdidas. Probablemente esta historia lo era, según la acepción que en la época se tenía del concepto de literatura, de toda la producción cultural escrita y, consiguientemente, sólo de manera secundaria tocaría lo que hoy entendemos por literatura.

Conocida es la causa que determinó a JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN a emprender la redacción de su *Bibliotheca Mexicana*⁴. Un día cayeron en sus manos las *Cartas latinas o Epistolarum libri XII* del deán de la iglesia de Alicante, Manuel Martí⁵, y descubrió, “no sin indignación y cólera”⁶ que su autor ponía en duda la capacidad de los hispanoamericanos para el cultivo del espíritu mediante el estudio, o negaba con énfasis que existieran maestros y centros culturales en el Nuevo Mundo, donde sólo se encuentra, según Martí, “horrenda soledad . . . en punto a letras”⁷. “Para vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo”⁸, dice Eguiara, ocurriósele componer una Biblioteca Mexicana que diera noticia de los españoles e hispanoamericanos que en la América septentrional se hubiesen distinguido en las tareas que él llamaba literarias. Para imprimir su trabajo hizo traer de España un equipo de imprenta que montó en la ciudad de México y de allí salió, en 1755, el tomo primero y único de su ambiciosa obra que contiene 782 fichas de personas e instituciones culturales de la Nueva España⁹. Este catálogo tiene, al lado de sus méritos evidentes, no pocas arbitrariedades que hacen difícil su aprovechamiento. La obra está escrita en latín y aparecen traducidos a esa lengua no sólo los nombres de sus autores sino también los títulos de sus obras. “¿Quién que no esté algo versado en nuestra literatura —se preguntaba con razón García Icazbalceta— ha de conocer, por ejemplo, la *Grandeza Mexicana* bajo el disfraz de *Magnalia Mexicea*

³ La biografía de Agustín Pablo Pérez de Castro (1728-1790) se encuentra en: JOANNIS ALOYSII MANEIRI, *De vitis aliquot Mexicanorum aliorumque qui sive virtute, sive litteris Mexici imprimis floruerunt*, Ex Typographia Laelii a Vulpe, Bononiae, 1791-1792, vol. III, págs. 154-209.

⁴ JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN, *Bibliotheca Mexicana sive eruditorum historia virorum . . . Tomus Primus. Exhibens Litteras A B C, Mexici, Ex nova Typographia in Aedibus Authoris editioni ejusdem Bibliotheca destinata*, MDCCLV. Agustín Millares Carlo tradujo al castellano los *Prólogos a la Biblioteca Mexicana* (Fondo de Cultura Económica, México, 1944) con notas, un estudio biográfico y la bibliografía de Eguiara.

⁵ MANUEL MARTÍ, [*Cartas latinas*] *Epistolarum libri XII: Accedit de animo affectionibus liber*, Mantuae Carpentanorum, apud Joannem Stunicam, 1735.

⁶ *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, pág. 56.

⁷ *Ibidem*, pág. 56.

⁸ *Ibidem*, pág. 58.

⁹ Ya en 1747, Eguiara y Eguren, con el auxilio de algunos de sus discípulos, había logrado reunir datos acerca de dos mil escritores, y en sus últimos manuscritos, dejó dispuesto su catálogo hasta la letra J. No logró publicar, sin embargo, sino el tomo primero que comprende las letras A, B y C. La Universidad de Texas, actual poseedora del manuscrito inédito del resto de la obra de Eguiara, prepara una edición de él.

Baccalauri Bernardi de Balbuena?"¹⁰ Por otra parte, Eguiara dispuso su catálogo, como era tradición, por los nombres de pila de los autores, en lugar de disponerlos por sus apellidos, circunstancia que añade una dificultad más a la consulta de su obra. Pero, afortunadamente, el autor de la *Bibliotheca Mexicana* pensó que, dadas las circunstancias en que aparecía su trabajo, necesitaba de algunas explicaciones preliminares y puso al frente de él un extenso prólogo, o *Anteloquia*, dividido en veinte partes. Impulsado por su propósito de refutar las opiniones del deán Martí, Eguiara acabó por escribir una brillante apología de la cultura mexicana desde la época prehispánica hasta sus días. En la mayor parte de este prólogo, su autor acopia los testimonios que, sobre diferentes aspectos de nuestra cultura, habían emitido un número considerable de escritores de todas las nacionalidades, pero, al mismo tiempo, va trazando el esbozo de una historia crítica de la cultura mexicana llena de valiosos datos y de juicios, si muchas veces exaltados por el mismo ardor panegirista, reveladores de la madurez de una conciencia nacional que sabía defender los fueros de la cultura propia.

Más de medio siglo había de transcurrir para que alguien decidiese continuar la obra que Eguiara y Eguren dejó en los comienzos. Cuenta García Icazbalceta que, encontrándose en Valencia el entonces joven estudiante poblano JOSÉ MARIANO BERISTÁIN Y SOUZA, "leyó por primera vez el tomo de Eguiara, y creyendo que la obra estaba completa, dióse a buscar los otros, hasta que don Gregorio Mayans le desengañó de que no había más, ni aun estaba concluido el manuscrito"¹¹. Desde entonces resolvió proseguir hasta el fin aquel trabajo, pero, cuando tuvo tiempo y medios para llevarlo a cabo, acertó a comprender que era necesario variar el plan original de la obra, redactarla en castellano y modificar el sistema de ordenación que seguía el tomo de Eguiara. Al fin, después de veinte años gastados en su composición, pudo salir a la luz la *Biblioteca hispanoamericana septentrional*¹². Beristáin aprovechó, como era natural, las investigaciones de Eguiara, pero logró aumentarlas hasta cerca de cuatro mil entradas que significaban un notable progreso en la investigación de nuestra cultura. Los defectos más importantes que señaló García Icazbalceta¹³ en esta obra son las alteraciones y reconstrucciones en los títulos de los libros y la poca medida del lenguaje de Beristáin, que cae a menudo en expresiones violentas y aun ridículas; pero el mismo García Icazbalceta los disculpaba recordando que su autor sólo alcanzó a cui-

¹⁰ JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA, "Las 'Bibliotecas' de Eguiara y Beristáin", *Obras*, vol. II, *Opúsculos varios*, II, Imp. de V. Agüeros, México, 1896, pág. 131.

¹¹ *Ibidem*, págs. 132-133.

¹² JOSÉ MARIANO BERISTÁIN Y SOUZA, *Biblioteca hispanoamericana septentrional o catálogo y noticia de los literatos, que o nacidos, o educados, o florecientes en la América septentrional española, han dado a luz un escrito o lo han dejado preparado para la prensa*. Imprenta de la calle de Santo Domingo y esquina de Tacuba, México, 1816-1821. Beristáin falleció en 1817 por lo que no pudo cuidar sino el primer volumen de su obra. Los dos restantes fueron impresos en 1819 y en 1821, gracias a un sobrino de Beristáin llamado José Rafael Enríquez Trespalacios Beristáin, que tuvo el descuido de omitir los *Anónimos* y los *Índices* que formaban parte de la obra.

¹³ GARCÍA ICAZBALCETA, *op. cit.*, págs. 136-137.

dar y corregir la impresión de los primeros pliegos de su trabajo. El hecho es que, hasta ahora, la *Biblioteca hispanoamericana septentrional* de Beristáin y Souza es el repertorio más importante con que contamos para el conocimiento de la cultura mexicana en la época colonial. Todos aquellos que, posteriormente, han comprendido la necesidad de una obra de esta naturaleza, no han emprendido nuevas Bibliotecas, sino que se han dado a la tarea de formular adiciones y rectificaciones a la de Beristáin. Así lo hicieron el doctor Félix Osores, José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta, Nicolás León y José Toribio Medina, con cuyos eruditos trabajos, sumados al de Beristáin¹⁴ tenemos al fin un diccionario biobibliográfico de la época colonial.

LOS ESTUDIOS LITERARIOS EN EL SIGLO XIX ANTERIORES A ALTAMIRANO

Absortos en los problemas interiores y exteriores del México independiente, los escritores mexicanos de la primera mitad del siglo XIX no tuvieron el reposo necesario para reflexionar sobre el pasado de la disciplina que cultivaban. Ocasionalmente, aparecía un libro, como el de TADEO ORTIZ, *México considerado como nación independiente y libre*¹⁵ en el que se dedicaba un capítulo a los escritores mexicanos; y otras veces, hombres de letras, como Carlos María de Bustamante, Guillermo Prieto, José Joaquín Pesado, José Bernardo Couto, el Conde de la Cortina, José María Lafragua, Casimiro del Collado, Manuel Payno, Ramón I. Alcaraz y Juan Villavicencio¹⁶, escribían un prólogo, una biografía, una

¹⁴ La edición publicada por la Librería Navarro (México, 1948) de la *Biblioteca hispanoamericana* recoge todas estas adiciones y rectificaciones a Beristáin.

¹⁵ TADEO ORTIZ, *México considerado como nación independiente y libre o sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*, Imprenta de Carlos Lawalle Sobrino, Burdeos, 1832. El capítulo V, págs. 173-256, trata de los escritores y artistas mexicanos que florecieron desde la época precortesiana a sus días.

¹⁶ CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE, "Necrología" [de Fray Manuel de Navarrete] en *El Diario de México*, 9 de agosto de 1809. GUILLERMO PRIETO, que hizo de todo en literatura, publicó en *El Siglo XIX*, de 1842 a 1849, una larga serie de reseñas sobre la vida del teatro en estos años. (Cf. MALCOLM DALLAS MCLEAN, *El contenido literario de "El Siglo Diez y Nueve"*, Inter-American Bibliographical and Library Association, Washington, D. C., 1940, págs. 36-38.) JOSÉ JOAQUÍN PESADO, "Noticia biográfica" [de Francisco Manuel Sánchez de Tagle], en *Obras poéticas* del señor don Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Tipografía de R. Rafael, México, 1852, págs. v-xiv. Del mismo: "Prólogo" a las *Poesías* del Sr. doctor don Manuel Carpio, México, 1849. JOSÉ BERNARDO COUTO, "Biografía" de don Manuel Carpio, en *Poesías* del señor doctor don Manuel Carpio. Segunda edición, Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1860, págs. v-xxix. JOSÉ GÓMEZ DE LA CORTINA publicó numerosos artículos críticos en su revista *El Zurriago Literario* (México, 27 de agosto de 1839-25 de enero de 1840). Con el mismo nombre apareció una sección en el periódico *El Siglo XIX*, del 22 de abril al 30 de julio de 1843, que puede considerarse continuación de la revista. JOSÉ MARÍA LAFRAGUA y CASIMIRO DEL COLLADO, firmaron con varios seudónimos reseñas y crónicas teatrales en las revistas *El Apuntador* (México, 1841) y *El Panorama Teatral* (México, 1856). MANUEL PAYNO, "Prólogo" a *Obras poéticas* de don Fernando Calderón, Impreso por el editor, México, 1844, págs. v-xxi. Payno publicó además varios artículos críticos en *El Museo Mexicano*. (México, 1843-1845). RAMÓN ISAAC ALCARAZ publicó en *El Museo Mexicano* estudios sobre Navarrete y Sigüenza y Góngora, y en *El Liceo Mexicano*

reseña crítica, o una crónica teatral en los que, además de dolerse de los tiempos que les tocaba vivir y de ponderar las excelencias o censurar los defectos de los escritos que comentaban, consignaban datos y circunstancias que no puede desdeñar el investigador de nuestras letras. Pero a principios de la segunda mitad del siglo XIX, todavía inestable la existencia de la República, los trabajos de esta índole volvieron a cultivarse con entusiasmo. Entre 1853 y 1856, un grupo ilustre de sabios mexicanos edita el *Diccionario universal de historia y de geografía*¹⁷, refundiendo y aumentando considerablemente para su publicación en México, la obra que con el mismo título había aparecido en España y añadiéndole tres volúmenes que se ocupan exclusivamente de asuntos mexicanos. En este excelente *Diccionario* trabajaron, siguiendo el método de las modernas enciclopedias, los hombres más sabios de la época: Manuel Orozco y Berra, el Conde de la Cortina, Lucas Alamán, Joaquín García Icazbalceta, José Fernando Ramírez, José Bernardo Couto, Antonio García Cubas, Joaquín María del Castillo y Lanzas, José María Lafragua, Miguel Lerdo de Tejada, José Joaquín Pesado, Guillermo Prieto, Manuel Payno, Francisco Pimentel y otros muchos, distinguiéndose entre ellos, por la excelencia de sus artículos, Orozco y Berra, de quien son todas las noticias geográficas relativas a México, y García Icazbalceta, que contribuyó con notables artículos y biografías. A éste siguieron en años posteriores otros repertorios biográficos, como el de MARCOS ARRÓNIZ intitulado *Manual de biografía mexicana*¹⁸; los *Hombres ilustres mexicanos*¹⁹ que editó Joaquín Gallo, con biografías escritas por Chavero, Payno, Vigil y otros; y, finalmente, una obra cuyo largo título dice: *Diccionario geográfico estadístico, histórico, biográfico, de industria y comercio de la República Mexicana, escrito en parte y arreglado en otra por el general José María Pérez Hernández consultando sus tareas con los distinguidos escritores Lics. D. Manuel Orozco y Berra y D. Alfredo Chavero*²⁰, y de la cual sólo se publicaron los tres primeros tomos, que contienen las letras A, B, C. A

(México, 1844) sobre Ochoa y Acuña y Hernán Cortés. JUAN VILLAVICENCIO publicó en *El Álbum Mexicano* (México, 1849) además de otras biografías, las de Sánchez de Tagle y Ortega.

Aparte de estos estudios pueden citarse ensayos sobre problemas generales de la literatura mexicana como el de LUIS DE LA ROSA, "Utilidad de la literatura en México" (*El Ateneo Mexicano*, México, 1844, t. I, págs. 205-211); el de FRANCISCO ORTEGA, "Sobre el porvenir de la literatura" (*Ibidem*, t. I, págs. 109-112), y el discurso que pronunció FRANCISCO ZARCO el 1º de junio de 1851, al tomar posesión de la presidencia del Liceo Hidalgo: "Discurso sobre el objeto de la literatura" (*El Eco de Ambos Mundos*, México, 1873, t. II, núm. 2, págs. 151-157).

¹⁷ *Diccionario universal de historia y de geografía*. Obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México, Tipografía de Rafael, México, 1853-1856. 7 vols. y 3 de Apéndice.

¹⁸ MARCOS ARRÓNIZ, *Manual de biografía mejicana o galería de hombres célebres de Méjico* por ... Librería de Rosa, Bouret y Cía., París, 1857.

¹⁹ *Hombres ilustres mexicanos*. Eduardo L. Gallo, editor. Biografías escritas por ALTAMIRANO, ACUÑA, CHAVERO, LAFRAGUA, PAYNO, IGNACIO RAMÍREZ, JUSTO y SANTIAGO SIERRA, VIGIL y JULIO ZÁRATE y otros. Imprenta de I. Cumplido, México, 1873-1874. 4 vols. (Altamirano, Acuña, I. Ramírez y Justo y Santiago Sierra, anunciados como colaboradores, no participaron en esta obra.)

²⁰ Imprenta del 5 de Mayo, México, 1874-1875.

pesar del sitio que en el título ocupa el nombre del general Pérez Hernández, la obra se conoce como “el *Diccionario* de Orozco y Berra y Chavero”.

Con excepción de algunos pasajes del prólogo que puso Eguiara a su *Bibliotheca*, los trabajos antes examinados no pueden considerarse como historias de la literatura, sino como contribuciones, muy importantes algunas de ellas, a esa disciplina. Los primeros escritos en que ya puede reconocerse cierta secuencia histórica los debemos al poeta español José ZORRILLA, que estuvo en México de 1855 a 1866, y al escritor mexicano Joaquín Baranda. Zorrilla relató las contradictorias impresiones de su estancia en México en dos libros. En las páginas de sus *Recuerdos del tiempo viejo*²¹, lo menos que dice es que desperdició sin conciencia su tiempo mientras vivió en México en tanto que en *La flor de los recuerdos*²² puso el siguiente subtítulo: “Ofrenda que hace a los pueblos hispanoamericanos don José Zorrilla”. La ofrenda dedicada a México en el primer tomo de esta obra consiste en una miscelánea en la que se alternan introducciones en verso, leyendas poemáticas y cartas personales, entre las cuales hay una serie, dirigida a don Ángel Saavedra, Duque de Rivas, titulada “México y los mexicanos”. Los tres últimos capítulos llevan el título general de “Literatura y artes” y en ellos se proponía el autor escribir una “sucinta reseña” del estado en que se encontraba la literatura mexicana, y especialmente la poesía, por aquellos años. Tras de dictaminar sin reservas que la literatura de México “fué sólo un reflejo de la española mientras México fué español”²³, y que por ello no se ocupará de los poetas anteriores a nuestra emancipación política, inicia su reseña con Navarrete y Sánchez de Tagle, mostrándose más entusiasta por la obra de éste que por la del franciscano. Discurre en seguida sobre la independencia mexicana y sobre el valor de la poesía inspirada en aquella lucha y examina la evolución de la literatura en los años siguientes a 1821. A propósito de la Academia de Letrán, de sus derivaciones y de sus principales miembros, consigna importantes datos y observaciones al lado de no pocas inexactitudes, particularmente en los nombres y en las fechas, pero, al reflexionar sobre los que él juzga débiles frutos de la poesía mexicana en esta época y sobre las causas que pudieron determinarlos, llega a la conclusión de que la profesión literaria, en el México de aquellos años, no ha conquistado aún la independencia y el respeto social que ha ganado en otros países, y que, entre los mexicanos, muchos escritores de valía deben su reputación literaria a los cargos públicos que han desempeñado. Dentro de estas mismas reflexiones generales, hay algunas muy curiosas acerca de los *Calendarios* que Zorrilla considera originarios de México. Celebra los que ofrecen lecturas selectas e instructivas, pero condena aquellos otros, con “puntas y ribetes de libelo”²⁴, que sus editores emplean para satisfacer sus rencores políticos o personales. La parte final

²¹ JOSÉ ZORRILLA, *Recuerdos del tiempo viejo*, Ramírez y Cía., Barcelona, 1880.

²² JOSÉ ZORRILLA, *La flor de los recuerdos. Ofrenda que hace a los pueblos hispanoamericanos* don... vol. I, México, Imprenta del Correo de España, 1855. El panorama literario, firmado en 1857, se encuentra en las págs. 399-526.

²³ *Ibidem*, pág. 401.

²⁴ *Ibidem*, págs. 446-448.

de este panorama está constituida por breves monografías de escritores mexicanos de la primera mitad del siglo XIX. Con breves rasgos traza Zorrilla la vida de los autores que comenta, no sin aciertos expresivos, como cuando dice de la vida de Rodríguez Galván que fué “un tejido espeso de miserias”²⁵, y expone a continuación, en términos generales, el carácter de sus obras, transcribiendo muestras de su poesía o fijando noticias, circunstancias u observaciones de primera mano. Zorrilla juzga con paternal solicitud los aciertos de los poetas mexicanos, y, en el caso de aquellos que debió frecuentar, como Pesado, Couto o el Conde de la Cortina, con afectuosa simpatía. Su crítica no incide por lo general en el formalismo o en el academismo y se detiene más bien en señalar los aciertos o los desaciertos, aunque unos u otros se hayan conseguido con recursos heterodoxos. No le falta perspicacia cuando señala, por ejemplo, las posibilidades populares que tenía la incipiente poesía costumbrista de José María Esteva²⁶ o cuando precisa en una línea la condición de la poesía de Guillermo Prieto, de quien dice: “Inculto, incorrecto, desaliñado; a veces sublime, a veces rastrero”²⁷ y no carece de gracia, finalmente, la acusación que hace a Luis G. Ortiz de cometer el error de imitarlo a él mismo ya que, desdichadamente—dice Zorrilla—, sus propias obras deben su reputación “no a su mérito positivo, sino al favor de la fortuna loca, a la época revuelta y descarriada en la cual empecé a darlas a luz y a la asiduidad y rapidez con que las produje en mis primeros años. El oropel del ropaje con el cual están vestidas —concluye con agudo autoanálisis el autor de *Don Juan Tenorio*— es tan débil y falso como brillante, y no puede ser tomado para vestir otras; porque al querer arrancarle de las mías se desgarran por su propia fragilidad”²⁸.

Menos interesante para el objeto de este ensayo es el *Discurso sobre la poesía mexicana*²⁹ que pronunció don JOAQUÍN BARANDA en la clausura solemne de las cátedras del Instituto Campechano en 1866. Es una elegante pieza oratoria que no dió, sin embargo, oportunidad a su autor más que para recordar, en sus perfiles convencionales, algunos nombres de nuestra lírica: los poetas indígenas, Ruiz de Alarcón y Sor Juana, Navarrete y Sánchez Tagle, los románticos y académicos contemporáneos, y para concluir, sin mucha reflexión, que la nuestra es una poesía niña y caprichosa que aún no es posible caracterizar con propiedad, aunque espera que los jóvenes que lo escuchan, labren, con los destellos del genio que ve brillar en sus rostros, un bello porvenir para la poesía mexicana.

²⁵ *Ibidem*, pág. 449.

²⁶ *Ibidem*, págs. 481-483.

²⁷ *Ibidem*, pág. 512.

²⁸ *Ibidem*, pág. 504.

²⁹ JOAQUÍN BARANDA, *Discurso sobre la poesía mexicana*, pronunciado por el Lic. ... en la clausura solemne de las cátedras del Instituto el día 18 de noviembre del año 1866. Imprenta de la Sociedad Tipográfica, Campeche, 1866. El *Discurso* está reimpreso en el tomo de Baranda de la Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. 29, de Agüeros: *Obras. Discursos, Artículos literarios*, Imp. de V. Agüeros, Edit., México, 1900.

LA ÉPOCA DE ALTAMIRANO

La reflexión crítica y la ordenación cronológica, propias de la historia literaria, las encontramos por primera vez en la serie de panoramas literarios que IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO publicó entre 1868 y 1883 y que constituyen una historia de muchos aspectos de la literatura mexicana en este período. Integran esta serie los textos siguientes: el volumen intitulado *Revistas literarias de México*; la "Introducción" a la revista *El Renacimiento*; las series de artículos denominados *De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870*, *Revista literaria y bibliográfica* y *Revista literaria*, y un artículo suelto, *La quinta velada literaria*, que completa la crónica que de estas reuniones aparece en las *Revistas* mencionadas al principio³⁰. De acuerdo con sus ideas liberales, Altamirano fué registrando, en el curso de las letras del siglo XIX, los acontecimientos, los libros y las personalidades que le parecían más ilustrativos en el proceso de nuestra literatura. Escribe, pues, una historia doctrinaria que, cuando no pasa en silencio las obras contrarias a sus propias convicciones, las condena sin que medie ninguna otra consideración. No escasean en estas páginas, sin embargo, las muestras de un criterio imparcial o propiamente histórico. En realidad, el objetivo al cual Altamirano quería ver orientadas las letras nacionales era tan amplio como provechoso para la cultura de su tiempo: aspiraba a que la cultura mexicana llegara a ser expresión fiel de la nacionalidad y un elemento activo de integración cultural. Por ello, con tal de que una obra contribuyera, aunque fuese en forma modesta o rudimentaria, a este propósito, la celebraba con generosidad que, si restaba en algunos casos objetividad y proporción a sus juicios, le permitía en cambio cumplir aquella función de animador y suscitador que prefirió siempre. Mas cuando en las creaciones y en los hombres que juzgaba hallaba unidas orientación nacional y calidad literaria, escribía páginas que pueden considerarse clásicas y que de hecho han constituido el punto de partida para la apreciación de aquellas figuras de las letras en México. Estos panoramas tienen, por otra parte, ese interés y ese encanto que les da la cercanía con los hechos a que se refieren. Con excepción de las revisiones que hace Altamirano de la personalidad de algunos escritores de la primera mitad del siglo XIX, sus demás juicios se refieren a hombres de su tiempo, a obras cuya gestación y aparición presencié y a acontecimientos en los cuales él intervino. Puede hablarnos, por ello, de autores y de libros que en sus días tuvieron renombre y que hoy se han olvidado, y nos ofrece datos y circunstancias que nos ayudan a comprender mejor una época particularmente importante en la historia de las letras mexicanas, pues se gestaba en ella lo que podemos llamar con propiedad literatura mexicana. A propósito de las Veladas Literarias, por ejemplo, que se efectuaron en 1867 y 1868, primer germen de este movimiento, la crónica que hace Altamirano es, si no la única, si la más interesante y amplia. El escritor español Enrique de Olavarría y Ferrari, en la reseña

³⁰ Estos escritos de I. M. ALTAMIRANO se encuentran coleccionados bajo el título de *La literatura nacional*, en la Colección de Escritores Mexicanos, vols. 52-54, de la Editorial Porrúa (Edición y prólogo de José Luis Martínez, México, 1949).

que años más tarde hizo de ellas, debió completar sus recuerdos personales con las noticias y juicios que Altamirano, había consignado a raíz de aquellas reuniones literarias³¹.

Admira en esta serie de panoramas la riqueza de los dominios culturales que poseía Altamirano. Fué acaso el primer mexicano que, en los principios mismos de su carrera literaria, hacia 1868, exploró con inteligente curiosidad literaturas como la inglesa, la norteamericana y la hispanoamericana, que en su tiempo continuaban siendo desconocidas para la mayoría de los hombres de letras del país. Escribe un ensayo excelente sobre Dickens y cita familiarmente a los románticos ingleses; hace traducciones de poetas alemanes —probablemente a través de versiones francesas—; conoce y divulga a Edgar Poe y menciona con frecuencia a otros escritores norteamericanos; proclama a los grandes poetas hispanoamericanos —Bello, Olmedo, Heredia, Echeverría, Mármol, etc.— como los precursores de una independencia cultural que desea para México, y se mantiene atento a aquellos dominios ya frecuentados con anterioridad, como las letras clásicas, las francesas, las italianas y las españolas.

Al interesarse con tan precoz modernidad en los campos entonces accesibles de la cultura universal, no le guiaba, sin embargo, un simple afán de erudición o cosmopolitismo. En los monumentos de la literatura extranjera busca ante todo la enseñanza que habría que aplicar a la incipiente literatura mexicana, la lección histórica que debería guiar sus pasos. Así llega al convencimiento de que las letras, artes y ciencias del país, para que logran ser expresión real del pueblo y elemento activo de integración nacional, necesitaban nutrirse de temas y temperamento propios, y de la propia realidad, es decir, convertirse en nacionales. La literatura debía sumarse al conocimiento de las personalidades eminentes y de la historia de México, al fortalecimiento de la educación y al cultivo de las lenguas indígenas, para lograr en el espíritu popular la afirmación de una conciencia y un orgullo nacionales. El mensaje perdurable de Altamirano queda sin duda en esta revelación de la dignidad artística de lo mexicano, mensaje que logró convertir en la doctrina de toda una época y que aún continúa vigente en nuestro tiempo.

Creía también Altamirano que para que la mexicana fuese una literatura orgánica y no le faltasen las raíces, precisaba de una poesía épica, salud vigorosa de las letras y fundamento de toda expresión y conciencia nacionales. Advertía melancólicamente la inconsistencia y la fugacidad de los cantores épicos y cívicos nacionales y la propensión de los poetas hacia el sentimentalismo quejumbroso.

No llegó a comprender que sólo dentro de la propia índole podría desarrollarse el espíritu mexicano y que, acaso, la épica nacional había quedado en los oscuros textos indígenas o, según la tesis de Agustín Yáñez, en algunas crónicas de la conquista. Pero cuando apareció el *Romancero nacional* de GUILLERMO PRIETO —obra limitada, a pesar de sus méritos—, Altamirano creyó ver surgir el primer monumento de la épica nacional

³¹ No existe una correspondencia exacta entre los datos que I. M. Altamirano y E. de Olavarría y Ferrari dan sobre las Veladas Literarias. Pero es necesario recordar que los datos del último, cuando no proceden de la crónica de Altamirano, están escritos muchos años más tarde.

que mantendría vivo en la memoria del pueblo el recuerdo de los héroes que forjaron la patria.

No faltaron impugnadores a estas doctrinas de Altamirano, especialmente respecto de su credo nacionalista. JOSÉ MARÍA VIGIL, sin aludirlo, discutió en dos excepcionales ensayos, *Algunas observaciones sobre la literatura nacional* y *Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana*³², las condiciones necesarias para la aparición de una literatura de esta naturaleza que consideraba, por otra parte, un objetivo imperioso. FRANCISCO PIMENTEL, en algunas sesiones del Liceo Hidalgo así como en varios pasajes de su *Historia crítica de la poesía en México*³³, opuso a las ideas de Altamirano, con tesón y astucia, su criterio casticista y académico, pero no consiguió destruirlas ni repetir en México una polémica paralela a la que en el segundo tercio del siglo XIX sostuvieron en Chile Sarmiento y Bello³⁴.

El tipo de crítica que emplea Altamirano en estos textos es de aquella especie que atiende más a las fuerzas espirituales que animan una obra que a sus valores formales. Parece dar por supuesto que el escritor debe superar una serie de problemas lingüísticos para transmitir su mensaje y, desentendiéndose de ellos, se ocupa exclusivamente de éste. En el orden de las ideas literarias, considera en el rango más elevado una especie de belleza moral que sirva y defienda a la patria —según sus creencias liberales y su particular doctrina nacionalista— y subordina a este concepto todas sus demás valoraciones.

Altamirano escribía estos panoramas para diversas publicaciones periódicas. Entre ellos, sólo las *Revistas literarias de México* de 1868 formaron posteriormente un libro, dando a su autor la oportunidad de introducir retoques. Debía redactarlos, en casi todos los casos, como artículos que integraban una serie y, según la tradición periodística, con una

³² JOSÉ MARÍA VIGIL, "Algunas observaciones sobre la literatura nacional", en *El Eco de Ambos Mundos*, México, 12 de mayo de 1872, págs. 1-2. Del mismo: "Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana", en *El Federalista*, México, 21, 23 y 28 de septiembre, 5, 7, 12, 14 y 24 de octubre de 1876, págs. 1 y 2.

³³ JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, en el "Prólogo" que puso a su novela *La parcela* (Edición de Antonio Castro Leal en la Colección de Escritores Mexicanos, vol. 11, México, 1945, pág. 3) dice: "El difunto Liceo Hidalgo, que de Dios goce, consagró años ha algunas de sus sesiones a discutir si México debería tener o no una literatura especial. Si la memoria no nos es infiel, don Francisco Pimentel y Heras y don Ignacio M. Altamirano fueron los corifeos de una y otra tesis, y se engolfaron con tal motivo en eruditísimas discusiones, haciendo votos el segundo por una literatura netamente nacional y el primero por la continuación de la hispana. El debate quedó irresoluto, y después de aquella sazón, nadie, que sepamos, ha vuelto a provocarle". Si este debate, tan importante para la historia de las ideas literarias en México, llegó a publicarse, no he podido encontrarlo hasta ahora. Pero las ideas de Altamirano pueden conocerse en sus estudios sobre letras mexicanas, y las de PIMENTEL pueden reconstruirse en varios pasajes de su *Historia crítica de la poesía en México*, 2a. ed., Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, México, 1892, págs. 841-842, 883 y sigs. y 975-976.

³⁴ En la serie de tres conferencias dada en los Cursos de Invierno de 1949-1950 de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México hice una exposición casi completa de esta polémica y de todo el proceso de "La emancipación literaria de Hispanoamérica". Este estudio se publicó en *CuA*, año IX, sept.-oct. 1950, núm. 5, págs. 184-200; año IX, nov.-dic. 1950, núm. 6, págs. 191-209, y año X, marzo-abril 1951, núm. 2, págs. 190-210.

prisa que excluía necesariamente el reposo y la meditación, la confrontación de los datos o el pulimento del estilo. Pero en el siglo XIX, la mayoría de nuestros escritores eran periodistas y para los periódicos y revistas literarias escribieron muchas de las obras que hoy consideramos memorables. Sus escritos, fuesen o no ideológicos, se adscribían naturalmente al campo de un partido y difícilmente puede encontrarse el caso de un escritor que no haya sido, activa o pasivamente, adicto a alguno de los bandos, cuyo medio de expresión eran siempre los periódicos. Los tiempos lo exigían así, y Altamirano fué, junto con Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Juan Bautista Morales, Vicente Riva Palacio, José María Roa Bárcena, Justo Sierra y Manuel Gutiérrez Nájera, uno de los mejores periodistas mexicanos del siglo XIX. Pero si esta condición ocasional de sus escritos impidió que fuesen intachables, Altamirano les dió en cambio esa viril elegancia de la buena prosa doctrinaria que no convierte la gracia en amaneramiento ni la densidad en oscuridad. Leyendo sus estudios sobre nuestra literatura se siente la fuerza de un pensamiento orgánico y poderoso que articula los elementos del discurso, como si su autor diese salida natural a un manantial de doctrina que ha madurado largamente dentro de sí y que ha nacido, no de una pura especulación intelectual, sino de la experiencia del soldado y del ciudadano que, luego de luchar con las armas y desde la tribuna por la integridad de su patria, propone un camino para defenderla con la cultura.

La contribución de Altamirano a la historia de la literatura mexicana no se redujo a la serie de panoramas que acaban de examinarse. A lo largo de toda la época en que ejerció su magisterio intelectual, escribió ensayos como la *Carta a una poetisa*, crónicas teatrales, apuntes bibliográficos, biografías como las dedicadas a Fernando Orozco y Berra, Florencio M. del Castillo, Ignacio Rodríguez Galván e Ignacio Ramírez, artículos críticos como los que tratan de *El romancero nacional* y de los *Romances históricos* de Guillermo Prieto, y prólogos como los que puso a *Calvario y Tabor* de Vicente Riva Palacio, a *Flores del destierro* de José Rivera Río, a *Recuerdos* de Adolfo de Llanos y Alcaraz, a las *Fábulas* de José Rosas Moreno, a *El escéptico* de Vicente Morales, a *María* de Jorge Isaacs, a las *Pasionarais* de Manuel M. Flores, al *Viaje a Oriente* de Luis Malanco, a *Las minas y los mineros* de Pedro Castera, a las *Poesías* de Miguel Ulloa, a *El romancero nacional* de Guillermo Prieto, al *Cuauhtémoc* de Eduardo del Valle, a los *Romances líricos, elegías y romances de amor* de "Milk", a *El rey Cosijoeza y su familia* de Manuel Martínez Gracida, a los *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales* de "Facundo" y a los *Mirtos y margaritas* de Enrique Fernández Granados³⁵ que constituyen aportaciones fundamentales, en su mayoría, para el conocimiento de la vida, de la obra y de la época de las personalidades a que se refieren.

Cuando acababa de concluirse la primera publicación de las *Revistas literarias de México* de Altamirano³⁶, apareció un libro del cubano PEDRO

³⁵ Estos ensayos, biografías y prólogos sobre asuntos mexicanos de I. M. ALTAMIRANO se encuentran coleccionados, junto con los panoramas literarios citados antes, bajo el título de *La literatura nacional*. Cf. n. 30.

³⁶ Las *Revistas literarias de México*, de I. M. ALTAMIRANO, aparecieron inicialmente en el folletín de *La Iberia* (México, 30 de junio a 4 de agosto de 1868)

SANTACILIA, intitulado *Del movimiento literario en México*³⁷, en cuyas páginas su autor se proponía demostrar “que el restablecimiento de la República trajo consigo, como consecuencia natural, el renacimiento de la literatura” y “que basta estudiar con imparcialidad el movimiento literario . . . para comprender que ha entrado México en su período de reconstrucción y que cuenta con grandes elementos de progreso para el porvenir”³⁸. No dejaba de comprender Santacilia el riesgo que corría una obra como ésta de repetir la misma empresa que, según sus propias palabras, “tan bien y con tanto talento”³⁹ había llevado a cabo Altamirano, y por ello manifiesta que se limitará a “hablar simplemente del movimiento literario que ha habido entre nosotros, indicando sólo las obras que han aparecido en estos últimos tiempos, con el único propósito de fijar a grandes trazos la época de renacimiento, para la literatura que venimos observando”⁴⁰. Así puntualizado, el libro de Pedro Santacilia es en efecto un excelente registro de la actividad intelectual que pudo apreciarse en México en el año siguiente al restablecimiento de la República por el presidente Juárez. Se informa en él de las nuevas publicaciones periódicas que han comenzado a circular, de los libros de toda índole que han aparecido o se encuentran en vísperas de salir a luz, de los trabajos realizados en las nuevas sociedades literarias, de las colaboraciones más importantes que aparecen en la prensa y aun de las brillantes promesas que anuncian las obras de algunos escritores por entonces incipientes.

La obra de Santacilia no ofrece gran interés en punto a los juicios que emite sobre los escritores de su tiempo, ya que sólo parece matizar la admiración que tiene por toda una producción en realidad desigual por su misma abundancia. En cuanto a sus informaciones bibliográficas, interesarán mucho a los especialistas en diversas disciplinas no literarias las que proporciona, en los trece primeros capítulos de su estudio, acerca de los libros que por esta época se publicaban. Sus noticias literarias completan los repertorios de Altamirano, especialmente por lo que se refiere a obras menores y a proyectos de publicación, muchos de ellos no realizados, por lo que sabemos. Pero aun en sus mismas reiteraciones, *Del movimiento literario en México* de Santacilia nos enseña hasta qué punto el restablecimiento de la República y el estimulante magisterio de Altamirano —que aquél no parece muy dispuesto a reconocer— originaron una de las épocas más fecundas y maduras de las letras mexicanas.

Casi una década más tarde, otro escritor perteneciente a la promoción formada en torno a Altamirano, ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI, ordena sus recuerdos del renacimiento literario, cuyos principios había estudiado Santacilia. Nacido en España, Olavarría vino a México en diciembre de 1865 y permaneció en este país hasta febrero de 1874 en que volvió a Europa, de donde retornaría a México en diciembre de 1878. A igual que, encuadradas, llevan el pie de Díaz de León y Santiago White, México, 1868. En el mismo año apareció otra edición corregida: 2a. ed., T. F. Neve, Imp., México, 1868.

³⁷ PEDRO SANTACILIA, *Del movimiento literario en México*, Imprenta del Gobierno en Palacio, México, 1868.

³⁸ *Ibidem*, pág. 1.

³⁹ *Ibidem*, pág. 10.

⁴⁰ *Ibidem*, pág. 10.

que otros españoles e hispanoamericanos, participó activamente en la vida literaria, periodística y aun política de México: escribió poesías y dramas, compuso novelas históricas de asunto mexicano, fué uno de los redactores de *México a través de los siglos*, colaboró asiduamente en la prensa local y fué miembro activo de muchas sociedades literarias. Cuando volvió a su país de origen, Olavarría y Ferrari quiso dar a conocer en España el desarrollo de la literatura mexicana, por la que sentía vivo entusiasmo, y publicó en 1877, en Málaga, un libro intitulado *El arte literario en México*. La buena acogida que tuvo hizo que, al año siguiente, apareciera en Madrid una segunda edición, que es la que puede consultarse a pesar de su rareza⁴¹. En la introducción de su obra traza Olavarría y Ferrari un breve boceto de la cultura y de la historia de México en las épocas prehispánica y colonial y de los principales acontecimientos de la primera mitad del siglo XIX. La obra misma está dividida en cuatro capítulos: "El periodismo", "Las Veladas Literarias", "Liceos y sociedades literarias. La Novela", y "Otros poetas y literatos", cuyo principal interés reside en las semblanzas que contienen sobre numerosos escritores y periodistas que florecieron en México entre 1867 y 1874, y en los datos que nos proporcionan sobre revistas y sociedades literarias. Especialmente respecto a estas últimas, las informaciones de Olavarría, aunque no siempre precisas, son de las más útiles con que contamos. Sus biografías no puntualizan en todos los casos las fechas ni ofrecen tampoco una información sistemática, y por ello son más bien —como tantos otros panoramas de estos años— estampas de trazo muy personal de los escritores que conoció y admiró el autor, estampas por lo general llenas de cordial simpatía, excepto en aquellos casos en que el liberalismo de Olavarría, u otros de sus sentimientos o creencias, chocaban con las ideas de ciertos escritores. Acaso las páginas más interesantes de esta obra sean las que se refieren a la organización de periódicos tan interesantes para la literatura mexicana, como *El Federalista* —cuyos colaboradores más destacados son examinados con detenimiento— y las que sirven de crónica a las Veladas Literarias que se celebraron en 1867 y 1868⁴². No carecen tampoco de interés las alusiones que hace Olavarría a otros aspectos del periodismo literario en México, ni los datos que fija sobre escritores menores hoy muy poco conocidos u olvidados.

Además de sus recuerdos personales, Olavarría y Ferrari aprovechó a menudo los únicos panoramas literarios sobre esta época que se habían escrito hasta entonces, particularmente los de Altamirano y alguno de los estudios de Juan de Dios Peza que se examinarán a continuación. En ocasiones, se refiere a artículos periodísticos o a biografías cuyos autores no menciona. Suele también ilustrar sus asertos con transcripciones de preferencia poéticas que añaden un interés más a la lectura de su libro.

Nuevo y más maduro fruto de la devoción de Olavarría y Ferrari por la literatura mexicana fué la copiosísima *Reseña histórica del teatro en*

⁴¹ ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI, *El arte literario en México*. Noticias biográficas y críticas de sus más notables escritores por . . . Segunda edición. Espinosa y Bautista, editores, Madrid, s. f. [ca. 1878]. La primera edición es de la Imprenta de la "Revista Andaluza".

⁴² Cf. n. 31.

*México*⁴³. Cuenta Altamirano, en la biografía que escribió del novelista Fernando Orozco y Berra, que al morir éste dejó entre sus papeles “muchos apuntes para formar la historia del teatro en México, que contienen datos preciosísimos y que fueron recogidos en largos días de laborioso estudio”⁴⁴. Estos papeles continúan inéditos y no es probable que Olavarría haya podido consultarlos. Para escribir la *Reseña histórica del teatro en México* su autor debió, pues, trabajar sobre una materia nunca hasta entonces estudiada especialmente y en la que, por lo tanto, estaba a merced de la documentación que por su cuenta pudiera allegarse. Olavarría debe haberse informado sobre todo en colecciones de periódicos y en algunas crónicas y memorias —citadas en su obra— de las que pudo extraer un material muy rico, aunque no careciese de lagunas que van llenando los investigadores actuales. Por ello, si son insuficientes sus noticias sobre el teatro en el período colonial, las que proporciona sobre el siglo XIX, y particularmente sobre la segunda mitad de esta centuria, que pudo conocer directamente, son fundamentales para el investigador del teatro mexicano. Olavarría no escribió propiamente un historia crítica, sino más bien, como ya lo indica el título de su obra, una “reseña histórica” en la que la pobreza o la ausencia de las valoraciones está suplida con la abundancia de los datos. Están excluidos, casi sin excepciones, los análisis de piezas extranjeras o nacionales, pero, en cambio, no falta ningún pormenor de lo que puede llamarse la historia externa del teatro mexicano. Da cuenta detalladamente de los principales acontecimientos teatrales —incluyendo la ópera y el circo—, de las compañías locales o extranjeras que representaban, de sus repertorios dramáticos, de los actores o cantantes que las integraban y de cuanto suceso o circunstancia, relacionados con ellos, habían ocurrido. Parece por todos conceptos laudable su determinación de dividir su reseña en décadas y en años, lo que permite al investigador o al curioso consultar la *Reseña histórica del teatro en México* de Olavarría como lo que en realidad es, un rico archivo de noticias sobre la historia del teatro nacional que ha servido ya de fuente principal a estudios sobre esta materia, como los de Marcelino Dávalos, Rodolfo Usigli y Francisco Monterde⁴⁵, y que servirá también un día a quien realice la historia del teatro en México, que está aún por escribirse.

Siguiendo la provechosa costumbre, que estableció Altamirano, de revisar periódicamente la situación de las letras del país, JUAN DE DIOS PEZA escribió en el primero de los *Anuarios Mexicanos* que editó Filomeno Mata, en 1878, un panorama intitulado *Poetas y escritores moder-*

⁴³ ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI, *Reseña histórica del teatro en México*, 1a. ed. en el diario *El Nacional*, México, 1892-1894, 2a. ed., Imprenta, encuadernación y papelería “La Europea”, México, 1895, 4 vols.

⁴⁴ Apareció en *El Renacimiento*, México, 1869, t. I. págs. 129-131. Reproducida en *La literatura nacional*, antes citada, vol. II, págs. 155-165. El pasaje citado, pág. 164.

⁴⁵ MARCELINO DÁVALOS, *Monografía del teatro*. Breves noticias entresacadas de su vida, a través de lugares y tiempos, por... Dep. Editorial de la Direc. Gral. de Educación Públ., México, 1917. RODOLFO USIGLI, *México en el teatro*, Imprenta Mundial, México, 1932. FRANCISCO MONTERDE, *Bibliografía del teatro en México*, Monografías Bibliográficas Mexicanas, núm. 28, México, 1933.

*nos mexicanos*⁴⁶ muy semejante, en algunos aspectos, a *El arte literario en México* de Olavarría y Ferrari. Como éste, el panorama de Peza no quiso ser un tratado sistemático y crítico sobre un período de la literatura, sino más bien el testimonio que relata un escritor de cuanto pudo observar en las sociedades literarias, en las redacciones de los periódicos y revistas, en los teatros y en la frecuentación cotidiana de los hombres de letras. Después de algunas reflexiones preliminares sobre los recursos con los cuales va a emprender su trabajo y sobre el impulso nacionalista que va madurando en la literatura mexicana, escribe Peza ocho estudios de regular extensión sobre escritores de renombre y 188 apuntes breves sobre escritores de diversa condición y fama. Ni el alfabeto ni las categorías ni los géneros que cultivan los autores ordenan estos últimos apuntes que parecen haber sido escritos conforme iba recordando su autor los personajes a que se refieren. En algunas ocasiones escribe sucintas biografías y exámenes más o menos detenidos de las obras; pero, otras veces, despacha con una sola línea a algún escritor, no por ello oscuro o menospreciado. Al final de su repertorio, reúne Peza a los escritores poblanos —sin que nos explique el motivo de su preferencia—, a los de origen extranjero que escriben en México y a las poetisas. Y no obstante todos estos caprichos, el historiador nunca podrá considerar inútil este panorama. Tiene el mérito de ofrecernos una especie de corte muy conveniente para conocer la situación de la literatura mexicana hacia 1877. La nómina de escritores, a pesar de su desorden, es casi completa y lo que se dice de cada uno de ellos nos da una idea bastante clara del papel que representaban por entonces. Algunas biografías, como la dedicada a Altamirano, consignan datos originales —que han sido aprovechados por biógrafos posteriores— y multitud de noticias de toda especie, como las muy abundantes que se refieren a sociedades literarias, que harán siempre provechosa la lectura de estas páginas de Juan de Dios Peza.

Además de otro panorama de esta misma índole, publicado en 1883 en la *Nueva Revista de Buenos Aires*⁴⁷ y que no he logrado aún conocer, Peza recogió en un volumen intitulado *De la gaveta íntima. Memorias, reliquias y retratos*, publicado por primera vez en 1900⁴⁸, una serie de artículos, escritos en diferentes épocas, indispensables para la comprensión de algunas personalidades y acontecimientos literarios. Destácanse, entre ellos, los que cuentan episodios y anécdotas de la vida de Manuel Acuña, gran amigo de Peza, y los dedicados a Olavarría y Ferrari, Esteva, Altamirano, Sosa y otros escritores. La estimación que hoy se le niega a Peza como poeta puede ganarla, en cambio, por su agradable prosa, que revive el tono y el sabor de una época pasada y que no carece de perspicacia crítica, como podrá reconocerlo quien lea, por ejemplo, sus jui-

⁴⁶ JUAN DE DIOS PEZA, "Poetas y escritores modernos mexicanos", en FILOMENO MATA, *El Anuario Mexicano*, 1877, Tipografía Literaria, México, 1878, págs. 147-239.

⁴⁷ JUAN DE DIOS PEZA, "La vida intelectual mexicana: poetas y escritores modernos de México. Revista crítica bibliográfica del estado intelectual de la República Mexicana", en *Nueva Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1883, t. 8, págs. 550-579; t. 9, págs. 124-144, 448-471 y 598-618.

⁴⁸ JUAN DE DIOS PEZA, *De la gaveta íntima. Memorias, reliquias y retratos*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, París-México, 1900. Hay reedición de 1911.

cios sobre la pintura de José María Velasco, que anticipan las ideas expuestas en los más recientes estudios sobre el pintor del valle de México⁴⁹.

Además de novelista, periodista y editor de la Biblioteca de Autores Mexicanos, VICTORIANO AGÜEROS fué principalmente un crítico de las letras nacionales. Sus escritos de esta naturaleza se encuentran en los volúmenes intitolados *Cartas literarias*, *Escritores mexicanos contemporáneos* y *Artículos sueltos*; dispersos en revistas, como la edición literaria de *El Tiempo*, y al frente de algunos tomos de la colección que editaba⁵⁰. Las biografías, los estudios críticos, los artículos y los panoramas históricos que integran estas obras nos ofrecen un punto de vista radicalmente opuesto al que ha podido advertirse en la mayoría de los textos anteriores. Altamirano, Santacilia, Olavarría y Ferrari y aun el mismo Peza, consideraban con un criterio liberal el curso de las letras nacionales; Agüeros, por el contrario, lo reducirá a la perspectiva del partido conservador. Quien no tuvo escrúpulos para expurgar los escritos de Altamirano, que publicó en uno de los volúmenes de la Biblioteca de Autores Mexicanos⁵¹ no sólo se ocupará exclusivamente, en sus biografías y en sus estudios críticos, de escritores correligionarios suyos —aunque algunos no lo fueran de su intolerancia— sino que, cuando escribe un panorama histórico de la literatura, mutilará en él personalidades y movimientos que podían ser un obstáculo para su tesis. Como introducción a su libro *Escritores mexicanos contemporáneos*, puso Agüeros una versión definitiva de este panorama que ya había publicado con anterioridad⁵². En sus

⁴⁹ PEZA, *op. cit.*, págs. 259-260.

⁵⁰ VICTORIANO AGÜEROS, *Cartas literarias*, Prólogo de Anselmo de la Portilla, México, 1877. Del mismo: *Escritores mexicanos contemporáneos*, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1880; *Obras literarias. Artículos sueltos*, Imprenta de Victoriano Agüeros, Editor, México, 1897. AGÜEROS publicó numerosos artículos literarios en *La Iberia* (*Ensayos de José*, 1874), en su propio periódico *El Tiempo*, (1883-1911) y en sus dos suplementos *El Tiempo Ilustrado* (1891-1905) y *El Tiempo. Edición literaria* (1883). Muchas de las biografías anónimas que aparecen al frente de algunos volúmenes de la Biblioteca de Autores Mexicanos seguramente son de Agüeros.

⁵¹ IGNACIO M. ALTAMIRANO, *Obras*, vol. I, *Rimas. Artículos literarios*, Imprenta de V. Agüeros, Edit., México, 1899. Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. 21.

“Dicho texto [el de las *Revista literarias de México*, de Altamirano] se encuentra reducido [en la edición de Agüeros] en una tercera parte aproximadamente; además de las poesías citadas por Altamirano, Agüeros suprimió todos aquellos pasajes que pudieran lastimar al más susceptible de los conservadores: alusiones a la Inquisición, a la democracia, al progreso, a Voltaire, a Hugo o a los mártires de Tacubaya, respecto a los cuales tachó estas palabras: ‘asesinados por la reacción’. En otros casos el celo doctrinario de Agüeros y su inescrupulosidad intelectual lo llevaron hasta omitir la parte sustancial de los juicios de Altamirano sobre escritores liberales como José Joaquín Fernández de Lizardi, Ignacio Ramírez, Hilarión Frías y Soto, Francisco Zarco y Antonio García Pérez”. (J. L. M., “Bibliografía”, en IGNACIO M. ALTAMIRANO, *La literatura nacional*. Edición y prólogo de J. L. M., Editorial Porrúa, S. A., México 1949, vol. I, pág. xxix). Otro tanto hizo Agüeros con los textos de los ensayos *De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870* y *Carta a una poetisa*.

⁵² La primera versión apareció en las *Cartas literarias* (1877), de AGÜEROS, y en las *Correspondencias literarias de México*, que se publicaron en *La Ilustración Española y Americana*, de Madrid. Cf. AGÜEROS, “Prólogo”, *Escritores mexicanos contemporáneos*, sin paginación.

cuarenta páginas, tenemos un documento muy aleccionador para comprender las ideas de algunos de los conservadores del siglo XIX. Principia esta reseña por algunas consideraciones sobre la poesía indígena, que son de las primeras que aparecen incorporadas a una visión histórica de la literatura, aunque Agüeros las concluya diciendo que la civilización prehispánica "ninguna influencia pudo tener en el nacimiento, desarrollo y formación de la que más tarde vino a ser literatura mexicana"⁵³, y, a continuación, guiado fundamentalmente por las investigaciones que hasta la fecha había realizado García Icazbalceta, esboza las letras coloniales, no sin que las apologías que dedica a los conquistadores espirituales y materiales de la Nueva España le hagan pasar muy superficialmente sobre personalidades como la de Alarcón u omitir otras. Ya en el siglo XIX, puesto a elegir entre la tradición liberal y la conservadora que escinde la literatura patria, se abraza a esta última y sólo recuerda a la primera para zaherirla. A Fernández de Lizardi lo despacha con tres líneas de una nota al pie de página, en la que recuerda que fué "autor de *El Periquillo* y de otras obras populares, y buen fabulista"⁵⁴; el romanticismo le parece detestable por haber dado fin al progreso del "buen gusto" y, finalmente, no tiene escrúpulos para manifestar que "la llegada al país de Maximiliano y de su esposa, y la presencia en México del gran poeta don José Zorrilla sacaron a los nuestros del silencio que guardaban y les hicieron prorrumpir en entusiastas cantos; muchos de ellos fueron notables por su inspiración y valentía. La guerra, sin embargo —lamenta Agüeros—, acalló una vez más a la musa mexicana"⁵⁵. Después de tan deplorable desfallecimiento del entusiasmo de estos patriotas, las letras no pudieron ya alentar el esplendor de los días imperiales aunque, poco a poco, los escritores conservadores comenzaron a salir de su encogimiento y a dar a luz las obras que señala Agüeros. Cuanto a los liberales, será inútil que se busque en este panorama los nombres de Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio o Justo Sierra; otros, como los de Ignacio Manuel Altamirano y José Tomás de Cuéllar, se encontrarán confundidos entre las enumeraciones. Tal fué la guerra de Reforma en el campo de la historia literaria.

En el artículo "Nuestra literatura", que forma parte del volumen intitulado *Artículos sueltos*⁵⁶, Agüeros manifestó más explícitamente su opinión sobre el resurgimiento que siguió al triunfo de la República en 1867. Aceptaba como un hecho la actividad literaria de aquellos años, aunque fuera muy distinta de la que en otro tiempo habían presidido escritores como Alamán, Munguía y Roa Bárcena. Los liberales, pensaba, habían introducido en literatura ideas y tendencias corruptoras, la falta de inspiración y estudio, el extravío de los sentimientos, errores en todo y aun la ignorancia de las reglas más triviales de la retórica. En los periódicos no podía encontrarse ninguna pieza de mérito y, en fin, todo se había convertido en imitación de literaturas extranjeras, especialmente de la

⁵³ AGÜEROS, "Introducción", *Escritores mexicanos contemporáneos*, pág. v.

⁵⁴ *Ibidem*, pág. XIII.

⁵⁵ *Ibidem*, págs. XXXII-XXXIII.

⁵⁶ Págs. 161-171.

francesa, cuyas novelas son para Agüeros "charcos de asquerosa corrupción"⁵⁷.

Mas cuando Victoriano Agüeros no se veía precisado a recordar a los causantes de la derrota de su partido, escribía páginas limpias de rencor y animadas por un entusiasmo bien justificado. Entre las mejores de esta índole quedarán sin duda sus ensayos biográfico-críticos sobre Joaquín García Icazbalceta, Francisco Pimentel y Manuel Orozco y Berra, su más provechosa contribución a la historia de la literatura mexicana.

El escritor satírico que había ejercitado largamente su pluma en las páginas de *El Ahuizote*⁵⁸, pudo trazar, en 1882, la incisiva y picante "Galería de contemporáneos" que denominó *Los ceros* y que firmó con el seudónimo de "Cero"⁵⁹. Como bien lo percibieron sus lectores y aun los aludidos, aquel libro de VICENTE RIVA PALACIO lograba mantener un equilibrio tan difícil como peligroso. La sátira y la ironía, el tono constante de zumba y desenfado con que se pintaba a los más famosos escritores de la época, liberales o conservadores, no caía en ningún momento en la difamación y la maledicencia. Diríase que el autor respetaba tácitamente el decoro y la calidad de aquellos personajes y que, al mismo tiempo, los ponía frente a un espejo contrahecho que revelaba con amistosa burla sus debilidades y sus defectos. El peruano Carlos G. Amézaga, que visitó México unos años más tarde, comparaba *Los ceros* con una punta de lanza que cosquilleaba sobre la piel de los retratados, sin herirlos nunca⁶⁰. Y podría pensarse ciertamente que con ello mostraba Riva Palacio su nobleza personal no menos que la calidad literaria de su obra. Sólo en algún caso, como en la estampa de Justo Sierra, parece que una secreta envidia enturbia sus líneas; pero lo común es una ironía cordial e inteligente que nos enseña mucho sobre el espíritu y la vida de estos escritores del siglo XIX. Cuando forja *pastiches* de los estilos literarios, de sus modelos, es insuperable; y cuando del gracejo pasa a la meditación Riva Palacio es capaz de dejarnos observaciones tan sagaces como ésta que aparece en el capítulo dedicado a Alfredo Bablot y que anticipa con singular precisión conceptos bien conocidos: "El fondo de nuestro carácter —escribe Riva Palacio—, por más que se diga, es profundamente melancólico; el tono menor responde entre nosotros a esa vaguedad, a esa melancolía a que sin querer nos sentimos atraídos; desde los cantos de nuestros pastores en las montañas y en las llanuras, hasta las piezas de música que en los salones cautivan nuestra atención y nos conmueven, siempre el tono menor aparece como iluminando el alma con una luz crepuscular"⁶¹.

⁵⁷ *Ibidem*, pág. 171.

⁵⁸ *El Ahuizote*. Semanario feroz, aunque de buenos instintos, J. M. Villasana y Cía., México, 1874-1876.

⁵⁹ [VICENTE RIVA PALACIO], *Los ceros*. Galería de contemporáneos. Por Cero, Imprenta de F. Díaz de León, editor, México, 1882.

⁶⁰ CARLOS G. AMÉZAGA, *Poetas mexicanos*, Imprenta de Pablo E. Coni e hijos, Buenos Aires, 1896, pág. 105.

⁶¹ [RIVA PALACIO], *Los ceros*, págs. 366-367. Este pasaje de Riva Palacio anticipa la tesis bien conocida de P. Henríquez Ureña sobre el carácter de nuestra poesía: "¿Y quién, por fin, no distingue entre las manifestaciones de esos y los demás pueblos de América, este carácter peculiar: el sentimiento discreto, el tono velado,

“Digno sucesor del sabio Beristáin en la obra benemérita de formar con todas nuestras notabilidades en los ramos de la inteligencia y del arte una galería espléndida que vuelva por la honra de la presente generación”⁶², consideraba José López Portillo a FRANCISCO SOSA, ciertamente el más fecundo de los biógrafos mexicanos después del autor de la *Biblioteca hispanoamericana septentrional*. Entre las numerosas obras de esta índole que publicó Sosa, tienen especial interés las intituladas *Manual de biografía yucateca*, *Biografía de mexicanos distinguidos*, *Anuario biográfico nacional* y *Los contemporáneos*⁶³, que contienen varios cientos de biografías de escritores mexicanos. Las que se refieren a personajes prehistóricos y de la época colonial son, fatalmente, las más inseguras; pero, en cambio, las que escribió sobre los hombres de su tiempo, en *Los contemporáneos*, pueden reputarse las mejores de su pluma. En conjunto, los trabajos biográficos de Sosa, como todos los de su misma índole, deben apreciarse por el acopio de noticias que guardan y que, aun con sus errores y defectos, son siempre una base para el conocimiento de las letras mexicanas. Francisco Sosa, fué, además, uno de los mexicanos que más hicieron en su tiempo para difundir en su país mismo y en el mundo los valores literarios de México⁶⁴. Y con ser abundante la obra que alcanzó a ver publicada, dejó al morir un número crecido de biografías ya concluidas o en preparación⁶⁵ que acaso podamos ver impresas algún día, junto con la reedición de algunos de sus libros tan necesarios para el estudioso de las letras del país como raros en las librerías.

El mayor investigador de la historia de la cultura ha sido, hasta ahora, JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA. Con una devoción, una probidad intelectual y un sentido histórico tan admirables como ejemplares, puso su fortuna y su talento al servicio de México. Gracias a sus estudios e indagaciones—realizadas infatigablemente durante toda la segunda mitad del siglo XIX—conocemos no sólo algunos de los más importantes monumentos de la historia antigua de México, sino también buena parte de su pasado literario. A García Icazbalceta se deben, en este aspecto, la edición, traducción y notas de los *Diálogos latinos o México en 1554* de Cervantes de Salazar; la edición, con prólogo, apéndice bibliográfico y traducción de la biografía latina de los *Opúsculos inéditos, latinos y castellanos* del Padre Francisco Javier Alegre; la magistral *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, que Menéndez Pelayo llamó “obra en su línea de las más perfectas y exce-

el matiz crepuscular de la poesía mexicana?” (cf. *Don Juan Ruiz de Alarcón*, México, 1913).

⁶² JOSÉ LÓPEZ PORTILLO: artículo sobre Francisco Sosa en *El Mercurio de Occidente*, cit. por ALBERTO MA. CARREÑO, *Francisco Sosa*, en *Enciclopedia yucatanense*, México, vol. VII, pág. 452.

⁶³ FRANCISCO SOSA: *Manual de biografía yucateca*, Imprenta de J. D. Espinosa e hijos, Mérida, 1866; *Biografías de mexicanos distinguidos*, Ediciones de la Secretaría de Fomento, México, 1884; *Anuario biográfico nacional*, Imprenta de La Libertad, México, 1884; *Los contemporáneos*, Imprenta de Gonzalo A. Esteva, México, 1884.

⁶⁴ JUAN DE DIOS PEZA, “Francisco Sosa”, en *Memorias, reliquias y retratos*, pág. 240.

⁶⁵ ALBERTO MA. CARREÑO, en la bibliografía de Francisco Sosa que publica en las *Memorias de la Academia Mexicana* correspondiente de la Española (México,

lentes que posee nación alguna⁶⁶; las fundamentales monografías sobre *La introducción de la imprenta en México*, *La Biblioteca de Beristáin*, *La Academia Mexicana*, *Las Bibliotecas de Eguiara y Beristáin*, *La instrucción pública en México durante el siglo XVI*, *Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI*, *La "Grandeza mexicana" de Balbuena* y *La Universidad de México*, y las excelentes biografías de escritores, misioneros, historiadores, cronistas, biógrafos e impresores de la época colonial con que, además de algunos artículos, contribuyó para la edición mexicana del *Diccionario universal de historia y de geografía*, o que incluyó en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*⁶⁷. García Icazbalceta iluminó todos estos valores de la literatura con fino sentido histórico y con aquella firmeza de vocación que él, con noble humildad, en los principios de su carrera, declaraba "que no era la de escribir nada nuevo, sino acopiar materiales para que otros lo hicieran; es decir, allanar el camino para que marche con más rapidez y con menos estorbos el ingenio a quien está reservada la gloria de escribir la historia de nuestro país. Humilde como es mi destino de peón —sigue diciendo García Icazbalceta—, me conformo

1946, t. VIII, págs. 324-326), da noticia detallada de estas biografías inéditas escritas por Sosa.

⁶⁶ MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, "México", en *Historia de la poesía hispano-americana*, Librería general de Victoriano Suárez, Madrid, 1911, vol. I, pág. 24.

⁶⁷ JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA: *México en 1554. Tres diálogos latinos* que Francisco Cervantes de Salazar escribió e imprimió en México en dicho año. (Edición, traducción y notas de...), México, 1875; *Coloquios espirituales y sacramentales y poesías sagradas* del presbítero HERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA. (Edición y prólogo sobre "Representaciones religiosas en el siglo XVI", por...), México, 1877; *El peregrino indiano*, de ANTONIO DE SAAVEDRA GUZMÁN (Edición y prólogo de...), Edición de El Sistema Postal, México, 1880; *Opúsculos inéditos latinos y castellanos* del P. FRANCISCO JAVIER ALEGRE (Edición, prólogo y traducción de...), Imprenta de F. Díaz de León, México, 1889; *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. Primera parte. Catálogo razonado de los libros impresos en México de 1539 a 1600. Librería de Andrade y Morales, Suc., Impresa por F. Díaz de León, México, 1886; "Introducción de la imprenta en México", en *Diccionario universal de historia y de geografía*, 1855; "La 'Biblioteca' de Beristáin", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 1864, t. X; "La Academia Mexicana", en *Memorias de la Academia Mexicana*, 1876, t. I; "Las 'Bibliotecas' de Eguiara y Beristáin", en *Memorias de la Academia Mexicana*, 1878, t. I; "La instrucción pública en México durante el siglo XVI" (1882), en *Obras de J. G. I.*, 1896, vol. I. Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. I; "Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI", en *Memorias de la Academia Mexicana*, 1883, t. II; "La 'Grandeza mexicana' de Balbuena", en *Memorias de la Academia Mexicana*, 1886, t. I; "La Universidad de México", en *Obras de J. G. I.*, 1896, vol. I. Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. I. La mayor parte de estos estudios se reprodujo en los 10 volúmenes de *Obras de J. G. I.*, que hay en la Colección de Escritores Mexicanos de V. Agüeros.

Para una información bibliográfica más amplia sobre la obra de J. G. I. véanse:

[ALBERTO MARÍA CARREÑO, *Bibliografía de los académicos mexicanos*] en *Memorias de la Academia Mexicana*, 1946, t. VIII, págs. 126-137; ANTONIO CASTRO LEAL, "Bibliografía", en J. G. I., *Don Fray Juan de Zumárraga*. Edición de Rafael Aguayo Spencer y Antonio Castro Leal. Editorial Porrúa, S. A., México, 1947, vol. I, págs. XIX-XXII. Colección de Escritores Mexicanos, vol. 41. Hay una monografía sobre Icazbalceta: MANUEL GUILLERMO MARTINEZ, *Don Joaquín García Icazbalceta, his place in Mexican historiography by... A dissertation*. The Catholic University of America, Washington, D. C., 1947. *Studies in Hispanic American History*, vol. IV (con bibliografía de y sobre J. G. I.). Traducción castellana con notas y apéndice por Luis García Pimentel, Editorial Porrúa, S. A., 1950.

con él y no aspiro a más: quiero, sí, desempeñarlo como corresponde, y para ello sólo cuento con tres ventajas: paciencia, perseverancia y juventud”⁶⁸. Este “peón” excepcional que trabajó en la edificación de la historia cultural de México, llevó a cabo por sí solo obras tan irreprochables por su rigor y su sistema como las que hoy realizan equipos de especialistas en institutos y seminarios; y su labor como investigador, sus ediciones críticas, sus monografías, sus estudios biográficos, filológicos y bibliográficos constituyen un acervo que lo hace, con plena justicia, el “gran maestro de toda erudición mexicana”⁶⁹, como le llamó Menéndez Pelayo.

LOS ESTUDIOS DE PIMENTEL

Un nuevo ciclo se inicia en 1883 con la aparición de la primera obra que, completa y sistemáticamente, estudiaba la poesía y el teatro mexicanos. Desde 1868, FRANCISCO PIMENTEL había comenzado a publicar⁷⁰ una serie de artículos denominados *Biografía y crítica de los principales escritores mexicanos* que pensaba utilizar en una historia de la literatura mexicana. No pudo llevar a cabo su propósito, en aquellos años, por no disponer de los documentos de consulta necesarios; pero cuando encontró en la biblioteca de García Icazbalceta, su cuñado, los textos que requería⁷¹, prosiguió su labor hasta publicar, en un grueso volumen, la parte dedicada a los poetas de una obra que prometía ser una *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días*⁷². Nueve años más tarde, en 1892, Pimentel haría aparecer una “Nueva edición corregida y muy aumentada” de su obra, con el título de *Historia crítica de la poesía en México*⁷³.

Un tratado de esta naturaleza —que historiaba no sólo lo que hoy llamamos poesía sino también la poesía dramática— significaba un notable progreso en la investigación del pasado literario de México. Pimentel había afrontado su obra con laboriosidad y escurpulosidad incansables; era, además, de una honradez crítica sin tacha; nunca fingió conocimientos que no tenía y nunca permitió que sus discrepancias ideológicas torcieran sus juicios literarios, y llamó en su auxilio las mejores fuentes de

⁶⁸ Carta a José Fernando Ramírez, en *Cartas de JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA*. Compiladas y anotadas por Felipe Teixidor. Prólogo de Genaro Estrada. Ediciones Porrúa, México, 1937, pág. 5.

⁶⁹ MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de la poesía hispanoamericana*, vol. I, pág. 39.

⁷⁰ PIMENTEL comenzó a publicar sus estudios sobre literatura mexicana en 1868 en el folletín de *La Constitución Social* (Cf. P. SANTACILIA, *Del movimiento literario en México*, pág. 85). En *El Renacimiento* (México, 1869) y en la revista que le sucedió, *El Domingo* (México, 1871-1873) publicó otros estudios. En edición separada publicó *Biografía y crítica de los principales poetas mexicanos*, anticipación de su *Historia crítica de la poesía en México*.

⁷¹ “habiendo logrado reunir los datos más necesarios [para su *Historia de la poesía*], sacados especialmente de la biblioteca de mi hermano político Don Joaquín García Icazbalceta”: FRANCISCO PIMENTEL, “Advertencia preliminar de la primera edición”, *Historia crítica de la poesía en México*, México, 1892, pág. 41.

⁷² FRANCISCO PIMENTEL, *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México. Poetas*, Librería de la Enseñanza, México, 1883, 736 págs.

⁷³ FRANCISCO PIMENTEL, *Historia crítica de la poesía en México*. Nueva edición corregida y muy aumentada. Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, México, 1892, 976 págs.

información que existían por aquellos años: la *Biblioteca mexicana del siglo XVI* de García Icazbalceta, la *Biblioteca hispanoamericana* de Beristáin, el *Diccionario universal de historia y de geografía*, en que él mismo había colaborado, el *Manual de biografía mejicana* de Arróniz, *La flor de los recuerdos* de Zorrilla, los estudios biográficos de Sosa, las noticias que aparecen en el precioso *Acopio de sonetos castellanos* de Roa Bárcena, y diversos estudios de críticos españoles de la época como Revilla, Cañete y Menéndez Pelayo e hispanoamericanos como Torres Caicedo y Gutiérrez, aunque, respecto a Menéndez Pelayo, siempre se refiere a él para contradecirlo⁷⁴. Pimentel era hombre de firme cultura literaria y de muchas lecturas; conocía bien las literaturas clásicas, la española, la francesa, la italiana y aun la inglesa. Menciona con frecuencia autores alemanes y está familiarizado con los filósofos del idealismo alemán, Fichte, Schelling y, especialmente, Hegel, a cuya *Estética* recurre muy a menudo y es su principal guía para las cuestiones de esta índole. Las autoridades que acataba en cuanto a problemas de preceptiva, eran las que tenían crédito en su tiempo: los *Principios de literatura* de Manuel de la Revilla, las *Poéticas* de Martínez de la Rosa y Campoamor, la *Retórica y poética* de Campillo Correa, el *Arte de hablar* de Hermosilla, con algunas reservas, y los *Principios de retórica y poética* de Sánchez Barbero⁷⁵. Todo, pues, parecía indicar que, salvo las limitaciones de su época, la *Historia crítica de la poesía en México*, firmada por un hombre como Pimentel que ya había dado pruebas —en su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*⁷⁶— de su valer científico, sería un tratado fundamental. Y, sin embargo, el hecho es que aque-

⁷⁴ JOSÉ MA. ROA BÁRCENA, *Acopio de sonetos castellanos* con notas de un aficionado que publica D. . . . Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1887. MANUEL DE LA REVILLA, "Los poetas líricos mexicanos de nuestros días", en *El Liceo*, Madrid, enero de 1879. Reproducido en *Obras de . . .* Imprenta Central a cargo de Víctor Sáiz, Madrid, 1883, págs. 525-533. MANUEL CAÑETE, "Observaciones a Villemain acerca de la poesía lírica española y mexicana", en *Obras de . . .* Imprenta y Fundición de M. Tello, Madrid, 1884-1885, Colección de Escritores Castellanos. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Horacio en España*, segunda ed. refundida, Madrid, 1885. Los artículos relativos a México, a los que alude PIMENTEL, en vol. I, págs. 198-204 y en vol. II, págs. 246-262. Cf. las "Breves observaciones a los escritos de don Marcelino Menéndez y Pelayo, relativos a autores mexicanos", en *Historia crítica de la poesía en México*, págs. 47-59. JOSÉ MARÍA DE TORRES CAICEDO, *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos latino-americanos*, París, 1863, 3 vols. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *América poética*. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo, Valparaíso, 1846. Pimentel debió aprovechar las noticias sobre poetas mexicanos que contiene esta primera gran antología hispanoamericana.

⁷⁵ MANUEL DE LA REVILLA, *Principios de literatura*, Madrid, 1877. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA, *Poética*, Imprenta de Samuel Bagster, menor, Londres, 1838. *Obras literarias de don . . .*, vol. I. RAMÓN DE CAMPOAMOR, *Poética*, Librería de Victoriano Suárez, Madrid, 1883. NARCISO CAMPILLO Y CORREA, *Retórica y poética*, Madrid, 1886. JOSÉ GÓMEZ HERMOSILLA, *Arte de hablar en prosa y verso*. Edición anotada por D. P. Martínez López Librería de Rosa y Bouret, París, 1865. FRANCISCO SÁNCHEZ [BARBERO], *Principios de retórica y poética* por . . . entre los Arcades Floralbo Corintio. Reimpreso en la Oficina de la Águila. Dirigida por José Ximeno, México, 1825. Es reimpresión de otra edición de 1806 que lleva Nota preliminar de Carlos Ma. Bustamante.

⁷⁶ La segunda edición, completa, de esta obra, es de México, 1874.

lla obra, ardua y ambiciosa, es uno de los más deplorables fracasos que registra la historiografía de la literatura mexicana.

Es obvio que, aun considerándola así, la historia de Pimentel realizó una primera agrupación de los poetas y dramaturgos mexicanos y acopió la mayor parte de las noticias que a ellos se refieren, labores que han sido y seguirán siendo muy útiles; pero fuera de estas tareas, la obra de Pimentel fué no sólo nula sino que contribuyó, mientras no fué posible sustituirla, a la confusión de quienes la tuvieron por guía.

La *Historia crítica de la poesía en México* va precedida, además de otros escritos preliminares⁷⁷, de una Introducción que expone las ideas del autor sobre el arte, la poesía y la crítica, y que es un documento importante para el conocimiento de las doctrinas estéticas en el siglo XIX mexicano. En su exposición sobre el arte y la poesía, Pimentel sigue fundamentalmente la *Estética* de Hegel, aunque retocándolo aquí y allá con arreglos personales u opiniones de otros filósofos o preceptistas. Respecto al arte, Pimentel adopta la definición que dice: "El arte es la representación sensible del bello ideal"⁷⁸. Se opone, consiguientemente, al concepto del arte como copia o imitación de la naturaleza, ya que su misión es transformarla, perfeccionarla e idealizarla. Por ello, considera que el arte no puede ser una representación indiferente del bien y del mal, de lo bello y de lo feo, sino que debe presentar ante nuestra vista el orden y la armonía. La idealización de la naturaleza o de la realidad, juzga nuestro autor, implica la libertad creadora del artista, pero aunque muchos la han exagerado hasta la licencia absoluta o el desenfreno literario, debe recordarse que el genio es la más alta conformidad con las reglas. Estas leyes de la creación artística no son, por otra parte, arbitrarias ni simples colecciones empíricas, sino una ciencia racional⁷⁹.

En cuanto a la poesía, Pimentel proclama, de acuerdo siempre con Hegel, la supremacía que tiene entre las bellas artes, ya que se sirve de la palabra, "el instrumento más poderoso de que puede disponer el hombre"⁸⁰. "La poesía es, pues —añade—, el arte universal, el arte por excelencia, y su dominio no tiene límites"⁸¹. De allí su influjo sobre la civilización y especialmente sobre la moral. Ahora bien, este influjo es tan manifiesto que ha ocasionado la confusión entre lo bueno y lo bello. "La virtud es bella —ejemplifica Pimentel—; pero una flor no es buena"⁸². "El objeto propio del arte no es la moralidad; pero supuesto que lo bueno es bello, fácilmente se comprende el influjo de aquél en las cos-

⁷⁷ "Apuntes para la biografía del escritor mexicano D. Francisco Pimentel por un amigo suyo", págs. 3-32; "Breve impugnación a la censura que de la obra escrita por Francisco Pimentel... hizo D. Francisco Gómez Flores", págs. 32-39; "Advertencia preliminar a la primera edición", págs. 41-42; "Prólogo de la nueva edición", págs. 43-46; "Breves observaciones a los escritos de D. Marcelino Menéndez Pelayo, relativos a autores mexicanos", págs. 47-59.

⁷⁸ "Introducción", *op. cit.*, pág. 61.

⁷⁹ *Ibidem*, págs. 61-69.

⁸⁰ *Ibidem*, pág. 72.

⁸¹ *Ibidem*, pág. 73.

⁸² *Ibidem*, pág. 73.

tumbres”⁸³. Y ya que el mal no es bello, concluye, “la literatura del crimen debe rechazarse definitivamente como antiartística y como inmoral”⁸⁴.

Respecto a la crítica, sus ideas son de más modesto origen y menos ricas. Su doctrina se apoya en la definición de García de la Huerta que dice: “La crítica es un examen imparcial en que se elogia lo bueno y se reprende lo malo, exponiendo la razón en que se funda”⁸⁵. Pimentel analiza cada uno de los términos de la definición y termina sus reflexiones indicando que “la crítica literaria, apartando lo malo, corrige y evita el mal ejemplo; reservando lo bueno, aprueba y señala lo que es digno de imitarse”⁸⁶.

Ahora bien, ¿cuál fué el uso que de esas doctrinas hizo Francisco Pimentel en su *Historia crítica de la poesía en México*?

Su obra estudia el desarrollo de la poesía y el teatro en México desde los orígenes hasta la fecha en que él escribía, exceptuando a los autores vivos⁸⁷. En principio, se advierte en ella una omisión notable. Sin que nos explique Pimentel suficientemente sus motivos, él, que por sus obras anteriores parecía uno de los más capacitados para juzgar la poesía indígena que entonces se conocía⁸⁸, rehuyó el ocuparse de ella, aunque daba noticias de otras obras escritas en lenguas autóctonas⁸⁹. La disposición general de los materiales que forman la *Historia crítica* no muestra otra arquitectura que la del simple ordenamiento cronológico. Vagamente separa Pimentel, durante la colonia, el siglo xvi, la influencia gongorina y el restablecimiento de lo que llama “buen gusto”, y, durante el siglo xix, la época de la Independencia y, finalmente, varias direcciones que denomina clasicismo, romanticismo y eclecticismo, significando esta última, ilustrada con la poesía de Pesado, un equilibrio entre la perfección formal clásica y la expresión romántica del sentimiento⁹⁰. Es notoria la desproporción que existe entre las páginas dedicadas a los tres siglos de literatura colonial, que ocupan una tercera parte del libro, y las que estudian la mayor parte del siglo xix, que llenan todo el resto. Debe recordarse, en descargo del autor, que las noticias y las obras accesibles de aquella época eran aún muy escasas, a pesar de las investigaciones de García Icazbalceta. Pero esa desproporción no se debe tanto a la escasez de informaciones cuanto a la opinión de Pimentel, para quien la Nueva España sólo produjo tres poetas de primer orden —Alarcón, Sor Juana y Navarrete— y, en cambio, “durante 68 años que llevamos de independientes, México puede completar una docena de escritores en verso, dignos de ponerse al lado de los tres mencionados”⁹¹.

⁸³ *Ibidem*, págs. 73-74.

⁸⁴ *Ibidem*, pág. 74.

⁸⁵ GARCÍA DE LA HUERTA, en su *Diccionario de sinónimos*, cit., pág. 76.

⁸⁶ “Introducción”, *op. cit.*, pág. 78.

⁸⁷ El cap. xx de la segunda edición se refiere a poetas mexicanos muertos entre 1870 y 1889.

⁸⁸ PIMENTEL mismo cita (*Op. cit.*, pág. 124) el manuscrito llamado *Cantares mexicanos* que tradujo Brinton y estudió José María Vigil.

⁸⁹ Ver “Poesía indo-hispana”, *op. cit.*, págs. 124-127.

⁹⁰ Sobre el “eclecticismo”, *op. cit.*, págs. 665-667.

⁹¹ *Op. cit.*, pág. 917.

Pimentel logró acopiar todos los materiales conocidos en su tiempo sobre la poesía y el teatro, pero no supo formar con ellos una verdadera historia crítica. Al frente de cada capítulo ponía una pequeña introducción de carácter histórico, en la que nunca llegó a examinar realmente el espíritu o las ideas literarias que animaban cada período y que, algunas veces, iba dejando dispersas, como apuntes fragmentarios, en las monografías de los escritores que examinaba. Ya un crítico de la época hacía notar que el libro de Pimentel, "interesante, aunque árido, es simplemente un catálogo de autores, y más que capítulo de historia parece mero apuntamiento"⁹². En efecto, diríase que la *Historia crítica* es la primera versión de un trabajo al que posteriormente se va a dar una articulación; son aún visibles los andamios, y las referencias cruzadas —relativas a afinidades o simples relaciones— no han sido aún resueltas para establecer con ellas tradiciones ideológicas o familias literarias.

Las monografías que escribe Pimentel no muestran tampoco un criterio justo. Oscilaba entre la simple repetición de noticias históricas, respecto a los autores que consideraba menores, y la verbosa profusión de los tratamientos amplios que hace de poetas como González de Eslava, Saavedra Guzmán, Sor Juana o Pesado, en los que parece sentirse obligado a repetir cuestiones obvias⁹³, a discutir pormenorizadamente los pareceres de la crítica o a sujetar una obra a análisis gramaticales y lógicos que hoy nos parecen inútiles. No acierta tampoco en las valoraciones que implican estos tratamientos breves o amplios. A poetas tan desafortunados como Saavedra Guzmán y Sartorio les dedica extensos capítulos, que no concede, en cambio, a Alarcón⁹⁴, Balbuena o Landívar, estudiados muy superficialmente.

El tipo de crítica a que sujeta Pimentel autores y libros y el concepto de la poesía que muestra a lo largo de su obra, no están ciertamente en desacuerdo con la doctrina expuesta en la introducción que la precede⁹⁵, pero son solamente una parte —acaso la menos válida— de aquella doctrina. En la práctica, la crítica se reduce para él a la exposición del contenido de las obras y a la cacería implacable de sus defectos, y una poesía le parece valiosa siempre que encuentra en ella corrección y moralidad. Cuando se ve forzado a celebrar una obra, es significativo que no lo haga en atención a sus cualidades sino por su carencia de defectos. A propósito de una de las piezas de González de Eslava, escribe, por ejemplo: "No tiene el Coloquio defecto notable que censurar. Las locuciones bajas que

⁹² Comentario aparecido en *El Tiempo* (México, 3 de octubre de 1889), a raíz de la publicación del cap. I de la *Historia crítica* en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*. Lo cita PIMENTEL, *op. cit.*, págs. 128-129.

⁹³ Por ejemplo: explicación de los autos sacramentales (*Op. cit.*, págs. 132-145); sobre lo clásico (págs. 599-667); sobre lo romántico (págs. 632-645). A propósito de los autos sacramentales, la limitación de los recursos literarios de Pimentel se hace más visible con los pasajes de GARCÍA IGABALCETA ("Prólogo" a González de Eslava sobre "Representaciones religiosas en el siglo XVI") que cita, tan concisos, perspicaces y elegantes.

⁹⁴ Cuando Pimentel quiere mostrar los mejores poetas mexicanos, cita a Alarcón entre ellos (pág. 917), pero al llegar a su estudio dice que no lo tratará porque pertenece a la literatura española (págs. 118-119).

⁹⁵ Excepcionalmente cita un ejemplo de aplicación tendenciosa (pág. 873).

en él se encuentran son pocas, y la alegoría no es forzada”⁹⁶. Para el lector de la *Historia crítica*, es en realidad desesperante no encontrar en ella ni una sola muestra de entusiasmo por las obras que juzga y menos algún testimonio del gusto real por la poesía de parte de Pimentel. Nunca cesa en su actitud de cazador de incorrecciones y se muestra incapaz de toda perspicacia para justificarlas o explicarse su origen⁹⁷.

Su desafortunada inquina contra la poesía de Sor Juana ha sido una de las causas principales del descrédito de la obra de Pimentel. Desde el momento en que percibió en ella la infiltración del gongorismo, en el que veía el mayor mal que ha sufrido la literatura⁹⁸, la condenó no sólo por esa tendencia, que, al igual que tantos otros críticos de su tiempo, nunca procuró comprender, sino que llevó su encono hasta no ver, en los mayores aciertos poéticos de Sor Juana, más que el absurdo o el mal gusto. Cita, por ejemplo, aquel pasaje de las preciosas liras intituladas *Sentimientos de ausente* que dice:

Óyeme con los ojos,
ya que están tan distantes los oídos,

sólo para dictaminar que “eso de ‘oír con los ojos’ es una figura tan alambicada que se necesita tiempo para reflexionar que un amante, a lo lejos, puede con la vista adivinar los sentimientos de su amada”⁹⁹. Y, por el contrario, cuando aprueba alguna de las poesías de Sor Juana, lo hace por la corrección y la propiedad que ha encontrado en ellas y nunca por su calidad poética¹⁰⁰.

La predilección que muestra por Navarrete parece originada principalmente en la preocupación constante que tenía Pimentel de contradecir las opiniones de Menéndez Pelayo¹⁰¹. Esa preocupación y su encono contra el gongorismo le llevan hasta afirmar que Navarrete es superior a Sor Juana por no haber sido gongorino y por haber sido raras veces “incorrecto”¹⁰² y, contrariando por una vez su acostumbrado rigor, le animan también a explicar los desmayos de Navarrete o a justificar los que en otros poetas consideraría defectos imperdonables¹⁰³. Pronto, sin embargo, se arrepiente de esta debilidad y hace víctima a los versos de Navarrete de un análisis gramatical tan riguroso que sólo pueden salir airosos unos cuan-

⁹⁶ *Op. cit.*, pág. 151.

⁹⁷ Por ejemplo (*op. cit.*, pág. 257), cita los primeros versos de aquel hermoso soneto de Sor Juana que comienza “Diuturna enfermedad de la esperanza”, sólo para sentenciar que al tercer verso y en *el fiel de los bienes, los daños* le falta una sílaba. Todos los editores modernos de Sor Juana (cf. *Sonetos*, ed. de Xavier Villaurrutia, La Razón, México, 1931, pág. 45) han corregido fácilmente el que debió ser error de imprenta, poniendo una “y” en lugar de la coma, para leer y en *el fiel de los bienes y los daños* como debió escribir la poetisa.

⁹⁸ Sobre el gongorismo cf. págs. 249, 286 y 358.

⁹⁹ *Op. cit.*, pág. 252.

¹⁰⁰ *Op. cit.*, págs. 260 y sigs.

¹⁰¹ Opiniones de MENÉNDEZ PELAYO, en su *Horacio en España*, que luego afinó considerablemente en su *Historia de la poesía hispanoamericana*.

¹⁰² PIMENTEL, *op. cit.*, pág. 286.

¹⁰³ *Op. cit.*, págs. 392 y sigs.

tos poemas, y al fin aparecen muy débiles sus argumentos para ponderar a Navarrete como uno de los "grandes poetas de México"¹⁰⁴.

Hay algunos casos, sin embargo, en que la crítica de Pimentel parece la más adecuada para los autores que juzga, como si el mejor camino para comprender y valorar sus obras fuese el de estos análisis escrupulosos y el de esta búsqueda de la corrección y moralidad. Por ello, capítulos como los dedicados al Padre Sartorio o a Carpio parecen los más proporcionados y justos de su historia.

Esta atmósfera severa que Pimentel impuso a su obra no le permitió la más débil muestra de simpatía por algún autor de su tiempo y no pudo impedirle frases de bárbara crudeza respecto a personas que, por sus ideas y su temperamento, tuvieron que serle poco gratas. En los breves datos biográficos que consigna del poeta erótico Manuel M. Flores, lo perfila con esta sentencia cuya verdad no puede objetarse: "vivió algún tiempo libremente haciendo versos y enamorando mujeres"¹⁰⁵; e imposibilitado para condenar de otra manera el admirable soneto de Ignacio Ramírez, *Al amor*, resume su argumento como sigue: "un viejo lujurioso, ya impotente, que no puede violar a una doncella, y desquita su despecho exhalando quejas"¹⁰⁶. Mas aunque las ideas políticas y literarias de Pimentel fueran conservadoras¹⁰⁷, debe reconocerse que juzgó con el mismo rigor y acritud a sus correligionarios¹⁰⁸ y a sus amigos, dando con ello, más que una prueba de independencia intelectual, un testimonio de su general enemistad para con la literatura.

No quedaba excluída de esta enemistad la crítica literaria. En cuanto Pimentel encuentra un juicio crítico que no sea de sus predilectos Zorrilla, Cañete o Arróniz, lo más común es que se oponga a él, aunque provenga de Menéndez Pelayo, Larra, Montes de Oca, Couto o Roa Bárcena, y dedica entonces buen número de páginas a refutarlo pormenorizadamente. Su opinión sobre la crítica mexicana era particularmente despectiva. He aquí algunas frases muy ilustrativas al respecto: "El prólogo de Montes de Oca [sobre Pesado] no es un juicio imparcial, sino una defensa apasionada y, en consecuencia errónea, como son casi siempre esa clase de escritos, especie de alegatos forzados, dedicados a ocultar defectos y a abultar buenas cualidades, que se forman para dar gusto a un amigo y que debían desterrarse como plagas literarias"¹⁰⁹; un juicio sobre Flores aparecido en Bogotá, "no es un panegírico superficial y ridículo como los que generalmente se escriben en México"¹¹⁰; "alguien asegura, que, en México domina el panfilismo crítico, entendiendo por panfilismo la tendencia a elogiarlo todo. Nosotros creemos que se encontrará algún crítico mexicano

¹⁰⁴ *Op. cit.*, págs. 440-441.

¹⁰⁵ *Op. cit.*, pág. 903.

¹⁰⁶ *Op. cit.*, pág. 873.

¹⁰⁷ No es de ninguna manera ortodoxo el conservatismo de Pimentel ya que, a menudo, se refería despectivamente a los "retrógrados" (pág. 47) o juzgaba duramente a sus correligionarios.

¹⁰⁸ Como ejemplos de su severidad para tratar a los escritores conservadores, véanse sus opiniones sobre Arango y Escandón (págs. 908-909), y sobre el prólogo del Obispo Montes de Oca a Pesado (págs. 691-694).

¹⁰⁹ *Op. cit.*, pág. 694.

¹¹⁰ *Op. cit.*, pág. 882.

con ese sistema pero aislado, pues lo general, entre nosotros, no es alabar o censurar sistemáticamente, sino juzgar por espíritu de partido: la mayor parte de nuestros críticos, para formar un juicio literario, arrojan la pluma y empuñan el incensario o el azote; el incensario si se trata de su partido o secta, el azote si se dirigen a un contrario"¹¹¹; "aquí el oficio de crítico —acierta en otro pasaje— es todavía más fácil que en España: no se necesita otra cosa sino tener una idea confusa de gramática y arte poética, algún periódico donde escribir sandeces, y mucha audacia para decirlas"¹¹²; y finalmente, esta melancólica observación: "cuando en la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, hay alguna vacante y se cubre, si el nuevo académico es conservador, él y sus colegas del mismo bando tienen que sufrir las injurias de la prensa liberal, y si es progresista debe prepararse, así como sus copartidarios de la Academia, para oír los denuestos de los diarios retrógrados"¹¹³.

Es obvio que Francisco Pimentel denunciaba en estos pasajes lacras reales de la crítica mexicana facciosa, y es un hecho, por otra parte, que en términos generales él consiguió mantenerse libre de ellas. Pero parece haber sido tan violento su esfuerzo, que le hizo caer en otro extremo no menos deplorable. Llevó su imparcialidad y su desprecio por los elogios hasta convertirse en una especie de enemigo, en principio, de la literatura del país, y al fin fué más un inquisidor que un iluminador de la poesía mexicana. Llegó a ser incuestionablemente un erudito en letras mexicanas, pero no llegó a poseer nunca un verdadero espíritu crítico e histórico. No tenía el sentido de las síntesis ni el de las concepciones arquitectónicas y le faltaba, sobre todo, esa norma interna del hombre de gusto y ese amor profundo por la materia que estudiaba, condiciones fundamentales en una obra como la que se propuso. Su prosa era correcta y clara, pero tenía una sequedad invencible y no puede encontrarse en sus escritos ninguna página que merezca llamarse elegante, ninguna en la que encontremos esas adivinaciones, esa revelación de la intimidad poética o del clima espiritual de una época que son las virtudes de la verdadera crítica.

Aunque no faltaron, a raíz de su aparición, juicios desfavorables a la *Historia crítica de la poesía en México*¹¹⁴, Pimentel no pareció desanimarse en la tarea que inicialmente se había propuesto. Cuando murió, en 1893, dejaba entre sus escritos póstumos uno a punto de concluir, sobre los *Novelistas y oradores mexicanos*¹¹⁵. El estudio que dedicó a los primeros consta de menos de cien páginas y sólo se ocupa de los novelistas anteriores a Altamirano. Tienen especial interés los datos, originales o recogidos de Beristáin, que proporciona sobre algunas novelas anteriores a las de Fernández

¹¹¹ *Op. cit.*, pág. 925.

¹¹² *Op. cit.*, pág. 959.

¹¹³ *Op. cit.*, págs. 961-962.

¹¹⁴ Cf. n. 92. Otro censor de la *Historia crítica* fué FRANCISCO GÓMEZ FLORES en su libro *Humorismo y crítica* (Mazatlán, 1887), al que Pimentel refutó en uno de los escritos preliminares de la 2a. ed. (págs. 32-39) de su *Historia crítica*; refutación que se publicó inicialmente en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*. En este mismo escrito Pimentel da noticias de las reseñas que han elogiado su obra.

¹¹⁵ FRANCISCO PIMENTEL, "Novelistas y oradores mexicanos", en *Obras completas de...*, México, 1903-1904, vol. V, págs. 257-508.

de Lizardi; y entre las diversas monografías, acaso la más valiosa sea la que se refiere a Sierra O'Reilly. Las ideas que anteceden a su reseña y que tratan de la novela realista y la idealista, parecen más sensatas que sus conceptos sobre la poesía y la crítica y, sobre todo, que la aplicación que hacía de ellos. Algo había aprendido Pimentel con su obra anterior, porque en estas breves páginas sobre los novelistas mexicanos muestra más comprensión y tolerancia que en aquéllas y no sujeta ya las obras que juzga a la confrontación con inflexibles preceptos retóricos.

La mayor parte de su estudio sobre los oradores —que ya había tenido un antecedente¹¹⁶— se refiere a los que cultivaron la “elocuencia sagrada”, de interés muy limitado para la literatura, y sólo los tres últimos capítulos tratan la oratoria forense, la parlamentaria y la académica, ésta en forma de simple registro. En el capítulo sobre los “parlamentarios”, se destaca el estudio de este aspecto de la personalidad de Ignacio Ramírez, de quien dice Pimentel, con agudeza, que “en sus ideas aparece más agudo que sólido, más paradójico que lógico, más ingenioso que verdadero”¹¹⁷.

Estos estudios de Pimentel, así como los escritos por García Icazbalceta, Agüeros, Roa Bárcena y Vigil, fueron alentados por uno de los propósitos que adoptó la Academia Mexicana desde su misma fundación en 1875. En efecto, esta corporación quiso que sus primeras labores consistieran en formar un diccionario de provincialismos y una historia literaria de México¹¹⁸. El primer proyecto lo llevó a cabo García Icazbalceta¹¹⁹, y él mismo y otros académicos aportaron materiales de diversa índole para la historia literaria.

Mas no fueron sólo los miembros de la Academia y los otros escritores cuyos textos han sido examinados quienes participaron en la formación de esta historia. En artículos periodísticos, en prólogos, en biografías, en crónicas teatrales, en comentarios críticos o en libros diversos, muchos escritores, en este período, trataron aspectos de las letras nacionales. Merecen recordarse, por su interés, los artículos de José Tomás de Cuéllar, Manuel Olaguíbel, Alfredo Chavero e Hilarión Frías y Soto¹²⁰; los prólogos que escribieron Francisco Zarco, Manuel Payno y Luis G. Ortiz¹²¹; las crónicas

¹¹⁶ EMILIO DEL CASTILLO NEGRETE, *Galería de oradores de México en el siglo XIX*, Tip. de Santiago Sierra, México, 1877-1880, 3 vols.

¹¹⁷ PIMENTEL, “*Novelistas y oradores mexicanos*”, pág. 492.

¹¹⁸ *Memorias de la Academia Mexicana*, 1945, t. VII, págs. 28-33.

¹¹⁹ JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA, *Vocabulario de mexicanismos*, comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países hispanoamericanos. Publicado por su hijo Luis García Pimentel, Tipografía “La Europea”, México, 1899. Obra póstuma.

¹²⁰ JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR, “La literatura nacional”, en *El Renacimiento*, México, 1869. MANUEL DE OLAGUÍBEL, “Revista bibliográfica del año 1877”, en *El Anuario Mexicano 1877*, de Filomeno Mata, Tipografía Literaria, México, 1878, págs. 240-248. ALFREDO CHAVERO, “Sigüenza y Góngora”, en *El Federalista*, Edición literaria, México, 1876, t. IX. HILARIÓN FRÍAS Y SOTO, “Ignacio Ramírez. El Nigromante”, al frente de *El Parnaso Mexicano, Ignacio Ramírez (El Nigromante)*. Su retrato y biografía con el juicio crítico de sus obras... Librería la Ilustración, México, 1º de diciembre de 1885. Frías y Soto publicó una extensa serie de biografías y reseñas bibliográficas en *El Siglo XIX*.

¹²¹ FRANCISCO ZARCO, “Don Juan Valle”, en *Poesías de J. V.*, Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1862, págs. I-XV. Del mismo: “El señor don Juan Bau-

teatrales en que sobresalieron Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Paredo y el mismo Luis G. Ortiz¹²²; las acuciosas biografías de José María Roa Bárcena y las inteligentes notas con que enriqueció su *Acopio de sonetos castellanos*¹²³ y, finalmente, dos obras, la *Galería de oradores de México en el siglo XIX* de Emilio del Castillo Negrete¹²⁴ y *Hombres ilustres y escritores michoacanos* de Nicolás León¹²⁵, en las que puede encontrar datos curiosos el investigador de la literatura mexicana.

Tales fueron las principales contribuciones a la historiografía mexicana durante el período que se inicia a fines del siglo xvii y concluye con la aparición de la primera obra sistemática, ya en el último tercio del xix. En el análisis de estos textos, habrá podido advertirse no sólo la bifurcación ideológica —liberal y conservadora— que imponían las creencias políticas y morales, sino también una lenta marcha hacia la reflexión crítica y la ordenación histórica. El estudio de la literatura mexicana, que a fines del siglo xviii y a principios del xix se había reducido, excepto en un caso, a la colección de noticias biobibliográficas, adquiere luego la forma de monografías y panoramas de épocas o de géneros que pronto van ampliando su contenido hasta abrazar la totalidad del asunto elegido. Pero este progreso en amplitud y visión de conjunto no pudo ser simultáneo con el de la capacidad crítica e histórica. Zorrilla supo juzgar con penetración algunos poetas mexicanos; Altamirano perfiló la articulación orgánica de nuestra literatura en el siglo xix, y García Icazbalceta nos legó monografías intachables y rescató del olvido textos fundamentales; pero el resto de las investigaciones de esta época, aunque siempre útiles por algún concepto, contribuyeron

tista Morales”, en *El gallo pitagórico*. Colección de artículos ... por el Sr. Lic. D. ... Edición de *El Siglo XIX*, Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1857, págs. i-xv. MANUEL PAYNO, “Prólogo de la primera edición”, en *Album del corazón. Poesías*, de A. Plaza. Tercera edición corregida y aumentada. Juan Buxo y Cía., editores, México, 1875, págs. v-vi. Hay una serie de crónicas teatrales de Payno en *El Siglo XIX*. LUIS G. ORTIZ, “Florencio M. del Castillo. Algunos rasgos biográficos.—Su carácter.—Sus obras”, en *Obras completas* de Florencio M. del Castillo, primera edición, Imprenta de la calle cerrada de Santa Teresa núm. 3, México, 1872, págs. v-xxxvi.

¹²² IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, publicó, además de reseñas teatrales aisladas en diferentes periódicos, una serie de “Crónicas de teatro” en *El Siglo XIX* (10 de febrero a 14 de octubre de 1868) y, bajo el seudónimo de “Próspero”, otra serie intitulada “El teatro” en *El Monitor Republicano* (16 de julio a 29 de septiembre de 1868). MANUEL PEREDO publicó crónicas teatrales en *El Renacimiento* (1869), en *El Siglo XIX*, en *El Correo de México* y en *El Semanario Ilustrado*. LUIS G. ORTIZ introdujo, según I. M. Altamirano, las crónicas en la literatura mexicana, en 1867, en el folletín de *El Siglo XIX*. Posteriormente escribió crónicas teatrales.

¹²³ JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA, *Biografías*, Imprenta de V. Agüeros, México, 1902. Biblioteca de Autores Mexicanos, v. 41 (contiene biografías de Pesado, 1878; de Gorostiza, 1876; de Carpio, 1891; de José de Jesús Díaz, 1856; y de Federico Bello, 1875. Del mismo: *Acopio de sonetos castellanos* con notas de un aficionado que publica D. ... Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1887.

¹²⁴ EMILIO DEL CASTILLO NEGRETE, *Galería de oradores de México en el siglo XIX*, Tip. de Santiago Sierra, México, 1877-1880, 3 vols.

¹²⁵ NICOLÁS LEÓN, *Hombres ilustres y escritores michoacanos*. Galería fotográfica y apuntamientos biográficos, Imprenta del Gobierno a cargo de José R. Bravo, Morelia, 1884.

muy escasamente a una rigurosa estimación crítica e histórica de las letras mexicanas.

No fué ciertamente una tarea fácil la que realizaron estos iniciadores de la historiografía literaria en México. Pocas y desordenadas eran las fuentes de consulta de que disponían y no les era posible aprovechar la experiencia de otros trabajos anteriores. En sus apreciaciones se guiaron algunas veces por tendencias críticas y estéticas hoy condenadas por las actuales doctrinas literarias, y ello, más que su incapacidad, ha vuelto inútiles muchos de sus juicios.

En los años siguientes al de la aparición de la *Historia crítica de la poesía en México* de Pimentel, cuando ya fué posible aleccionarse con los aciertos y desaciertos de los iniciadores y cuando se contaba con los materiales que ellos habían acopiado, la historiografía literaria pudo dar pasos más seguros. Justo Sierra, Manuel Puga y Acal, y Victoriano Salado Álvarez inician una crítica que había olvidado el tono de panegírico y el formalismo para preocuparse más por los problemas de la creación literaria; Luis González Obregón toma el camino de García Icazbalceta y realiza fecundas investigaciones; Vicente de P. Andrade y Nicolas León continúan también una de las tareas que el maestro había iniciado con su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, formando los repertorios de los siglos xvii y xviii; el historiador norteamericano Hubert Howe Bancroft incluye en sus caudalosas obras una erudita historia de la literatura mexicana; José María Vigil escribe un notable panorama de la poesía, más valioso sin duda que su inconclusa *Reseña histórica de la literatura mexicana*; Marcelino Menéndez Pelayo, en el admirable capítulo sobre México de su *Historia de la poesía hispanoamericana*, deja muchos juicios fundamentales para la valoración de los poetas nacionales y, ya en los primeros años del nuevo siglo, Manuel Sánchez Mármol traza, apresurada y caprichosamente, el capítulo sobre las "Letras patrias", en *México: su evolución social*, la obra en que quedaba el testamento político y cultural del porfirismo.



JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

El Colegio de México.